

Los 10 Negritos

Adaptación de Joan Xancó

A continuación se relacionan en orden alfabético los principales personajes que intervienen en esta obra:

ARMSTRONG (doctor)

BLOVE (William Henry)

BRENT (Emily)

CLAYTHORNE (Vera)

LOMBARD (Capitán Philip)

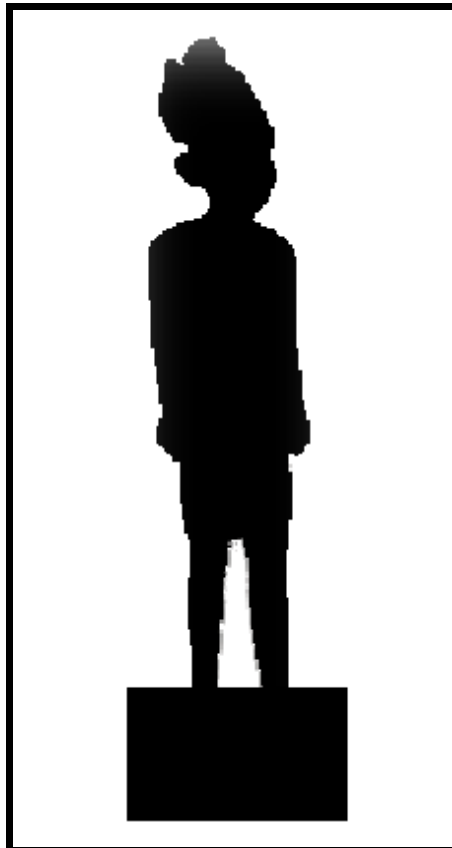
MACARTHUR (general)

MARSTON (Anthony)

MISS. ROGERS (Sirviente)

MR. ROGERS (Sirviente)

WARGRAVE (juez)



Diez negritos se fueron a cenar.

Uno de ellos se asfixió y quedaron Nueve.

Nueve negritos trasnocharon mucho.

Uno de ellos no se pudo despertar y quedaron Ocho.

Ocho negritos viajaron por el Devon.

Uno de ellos se escapó y quedaron Siete.

Siete negritos cortaron leña con un hacha.

Uno se cortó en dos y quedaron Seis.

Seis negritos jugaron con una avispa.

A uno de ellos le picó y quedaron Cinco.

Cinco negritos estudiaron derecho.

Uno de ellos se doctoró y quedaron Cuatro.

Cuatro negritos fueron a nadar.

Uno de ellos se ahogó y quedaron Tres.

Tres negritos se pasearon por el Zoológico.

Un oso les atacó y quedaron Dos.

Dos negritos se sentaron a tomar el sol.

Uno de ellos se quemó y quedó nada más que Uno.

Un negrito se encontraba solo.

Y se ahorcó y no quedó...

¡Ninguno!

La obra nos sitúa en una casa lujosa, situada en medio de una isla llamada Isla del Negro. La obra transcurre en un salón en el que hay dos puertas, una al fondo izquierda y otra a la derecha. En la sala se percibe que hay un sofá y dos butacas, una mesilla, un mueble bar y un piano, sobre el cual hay 10 figuras.

Cuando se abre el telón, se ve a un mayordomo limpiando una mesa. Oye un ruido y mira por la ventana.

MR. ROGERS: ¡Ethel, Ethel!

MISS ROGERS: (Off) ¿Qué?

MR. ROGERS: Ya están aquí, ha llegado la lancha.

MISS ROGERS: ¿Ya están aquí? ¿Tan temprano?

MR. ROGERS: ¿Cómo que tan temprano? Pero si ya lo sabías.

MISS ROGERS: Cuando una mujer tiene que acicalarse, le pasa el tiempo tan deprisa. Se tiene que estar perfecta para recibir a los invitados del señor.

MR. ROGERS: (Con voz acaramelada, se acerca) ¿Todavía más? (Le da un beso) Va, ve a preparar la cena para que esté a su hora. No quiero que la primera cena tenga que hacer esperar a los invitados.

MISS ROGERS: Esta gente ya me la conozco. Los ricos, cuanto más tarde cenan, más importantes se creen. Todos son iguales.

MR. ROGERS: Por cierto, ¿cuántos son al final?

MISS ROGERS: No lo sé, unos 10 aproximadamente. Tengo la lista en la cocina.

MR. ROGERS: Pues la necesito para poner la mesa. (Escucha un ruido) Corre, que ya están aquí. (Se van los dos)

VERA: (Entra. En voz baja) Oh, es precioso. (Entra Mr. Rogers)

MR. ROGERS: Buenos días, ¿es usted la señorita Claythorne?

VERA: Sí, soy la nueva secretaria del Señor Owen. (Se dan la mano. Entra Miss Rogers) Bien, seguramente estarán al corriente de todo esto.

MISS ROGERS: Pues al contrario. El señor Owen solo nos ha hecho llegar una carta con los invitados y qué se les tenía que servir.

VERA: (Sorprendida) ¿Y el señor no se encuentra en la casa?

MR. ROGERS: No. Ha tenido unos problemas y se ha visto obligado a quedarse en Londres. No llegará hasta mañana a primera hora. A propósito, soy el Señor Rogers. Yo y mi mujer estamos aquí para servirles en cuanto necesiten. Si me permite las maletas, las llevaré a su habitación.

MISS ROGERS: (Entra la lista y la entrega a Vera) Yo prepararé la cena. Aquí tiene la lista de invitados. Cualquier cosa que necesiten, estaré en la cocina.

VERA: Perfecto. (Mr. Rogers se va con las maletas. Vera está inquieta y se mueve por todo el escenario) Así que estoy yo sola... ¡Qué fantástico este Sr. Owen!

LOMBARD: (*Entrando*) Uff, es tremenda esta cuesta. Oh, por fin. El resto de los invitados todavía están descargando sus cosas.

VERA: (Con la lista en la mano) Señor Lombard, ¿cierto?

LOMBARD: Capitán Philip Lombard, así es. (Se dirige al mueble-bar) Parece que el esfuerzo ha valido la pena. (Se sirve)

VERA: ¿Había estado aquí antes?

LOMBARD: No, aunque he oído hablar mucho de este sitio.

VERA: ¿Al señor Owen?

LOMBARD: No, al viejo Johnny Brewer; fue el que hizo construir esta casa. Una terrible historia de amor.

VERA: ¿De amor?

LOMBARD: Sí, la más triste que conozco. Él era rico y viejo cuando se casó con una famosa joven. Le hizo construir esta casa. ¡Pobre Johnny! Pensó que si la apartaba del mundo, sin teléfono ni sistema de comunicación, no la dejaría nunca, pero al final se escapó. Y el pobre marido decidió vender todo esto y volver a Wall Street. Por cierto, ¿quiere tomar algo?

VERA: No, gracias, estoy trabajando.

LOMBARD: (Acaramelado) Ya veo. Una buena secretaria no deja nunca de trabajar. Aunque más que un trabajo yo le diría unas vacaciones pagadas. Lo único que tendrá que aguantar es a algún invitado insoportable. (En voz baja) Hay un joven que...

MARSTON: (Entra, con voz fuerte) ¡Oh, qué pedazo de casa! Me encanta. (Mirando a Vera) Es la segunda cosa más bonita que he visto hoy. Señorita... (Le besa la mano).

LOMBARD: (Para sí mismo) ¿Qué le decía?

MARSTON: ¿Y los señores de la casa?

VERA: El señor se ausentará hasta mañana, ha tenido un desafortunado imprevisto. De momento estoy al cargo. El señor y la señora Rogers les llevarán las maletas a su habitación. Si necesitan cualquier cosa solo tienen que pedirlo. (A Marston) A propósito, usted era el señor Mar...

MARSTON: (Interrumpiendo) Marston, Anthony Marston, para servirle. (Le besa

la mano). Veo que hay barra libre. Esto cada vez me gusta más. (Se dirige al mueble bar. A medida que va avanzando el diálogo se sirve y se sienta en la butaca)

BLOVE: (Entrando). Esta cuesta me recuerda a las excursiones que hacía de joven. Y este paisaje... (Deja las maletas y mira por la ventana) me recuerda a Suráfrica. ¿Saben?, allí es donde nací.

VERA: Bien, señor... Davis. Era así, ¿cierto?

BLOVE: Correctísimo.

LOMBARD: (Desconfiado) ¿Así que de Suráfrica? ¿De qué región?

BLOVE: La... la región de Natal. Sabe, un país precioso. Por cierto, me sirve... (Se mira las botellas) lo que usted quiera.

LOMBARD: Es un país muy interesante, según tengo entendido.

BLOVE: Sin duda el mejor del mundo, señor. Oro, plata, diamantes, naranjas...; todo lo que un hombre puede desear. ¡Pida cualquier cosa y se lo servirán al instante!

(Entran MacArthur y Brent. El general lleva sus maletas y las de la señora, a pesar de su edad. Blove coge la copa y se sienta en el sofá)

MACARTHUR: Hola de nuevo. (Deja las maletas. Suspira.) Ya no soy joven para estas cosas.

BRENT: (Enfadada) Cuidado con mi maleta (La coge. A Vera) ¿Dónde están los señores?

VERA: No se encuentran aquí. Hasta mañana yo me ocuparé de todo.

BRENT: (Con sarcasmo) Sí, ya veo cómo se está ocupando de todo, aprovechando para asaltar el mueble bar. (Ofendida) Ver para creer. Invitan a un grupo de gente y cuando llegan no hay nadie para recibirles. ¡Qué educación!

LOMBARD: ¿Quieren tomar algo?

MACARTHUR: Sí, un Whisky, por favor. (Mr. Rogers entra)

BRENT: (Ofendida) Por favor. Me repugna el alcohol. (A Mr. Rogers). Supongo que tendré una habitación preparada.

VERA: (A Rogers) Acompañe a la señora Brent a sus aposentos, por favor. Y, de paso, creo que yo también iré a mi cuarto.

MR. ROGERS: Perfecto. (Coge las maletas y se van los tres).

LOMBARD: General. (Le da el vaso. El general se queda absorto en el paisaje)

(Entra WARGRAVE)

WARGRAVE: Buenos días de nuevo.

BLOVE: Los señores no llegarán hasta mañana, así que póngase cómodo y sírvase una buena copita.

WARGRAVE: Una idea excelente.

LOMBARD: ¿Qué prefiere? Whisky, ron...

WARGRAVE: Se lo dejo a su elección.

BLOVE: No queda nadie más, ¿verdad?

WARGRAVE: Sí, queda otro invitado, un tal... Armstrong, doctor Armstrong. Se ha quedado en la playa; parece embelesado.

MARSTON: Pues qué dirá cuando llegue aquí y vea la casa por dentro. ¿Qué dirá cuando vea todo este lujo? (Cambio) ¿Qué dirá cuando vea a la secretaria?

LOMBARD: Creo que iré a esparcirme un rato, hasta la cena. Hay una terraza aquí fuera con unas vistas increíbles

MARSTON: ¿Le importa que le acompañe? Me encanta ver el mar al anochecer.

LOMBARD: (Irónico) En absoluto. Será todo un placer conversar con usted.

(Salen Marston y Lombard)

BLOVE: (Mira a los otros dos) Creo que iré a hacerles compañía.

(Entra Mr. Rogers)

MR. ROGERS: Señores, ¿quieren que les enseñe su habitación ahora?

MACARTHUR: Perfecto. (Salen los tres con las maletas)

(Entra Blove. Mira si no hay nadie y se sirve otra copa, esta vez muy cargada. Sin que se dé cuenta, entra el doctor Armstrong. Deja la maleta, haciendo ruido.)

BLOVE: Oh, no le había visto llegar, señor Armstrong. Es usted doctor, ¿no es cierto?

ARMSTRONG: Veo que soy famoso en mi profesión.

BLOVE: No... Lo vi declarando en un juicio, a cargo del juez Wargrave.

ARMSTRONG: (Con asco) Sí, ya vi que también fue invitado. (Silencio) ¿Usted estaba de público en el juicio?

BLOVE: No, no...

ARMSTRONG: ¿De jurado? ¿De abogado quizá? No lo recuerdo...

BLOVE: (Disimulando) Tampoco, tampoco... (Se termina la copa y se dirige hacia el mueble bar) ¿Quiere una copa?

ARMSTRONG: No, gracias.

BLOVE: Pues con su permiso... tengo la boca seca, ¿sabe? (Se sirve y se sienta en el sofá)

(Entra Wargrave por la espalda de Armstrong)

ARMSTRONG: Bueno, si me permite, voy a saludar a los señores.

WARGRAVE: Imposible.

ARMSTRONG: (Sobresaltado) ¿Y por qué?

WARGRAVE: No están ninguno de los dos. La situación es de lo más rara y no lo comprendo en absoluto.

ARMSTRONG: (Al juez) Ahora que está aquí, quería preguntarle si conoce usted a Stephen Rolace.

WARGRAVE: (Pensándose) No lo creo...

ARMSTRONG: No tiene importancia. Es una persona necia. (Saca una carta) Tiene una escritura ilegible. Me pregunto si no me habré equivocado de dirección.

(El doctor, inclinando la cabeza en un saludo, sigue hacia las habitaciones)

WARGRAVE: (A Blove) ¿Usted conoce a este tal Rolace?

BLOVE: No, no lo conozco de nada.

WARGRAVE: Todo esto empieza a molestarme. No esperaba semejante recibimiento. (Se va y se cruza con Mr. Rogers)

BLOVE: Esta es una buena casa, ¿verdad, Sr. Rogers?

MR. ROGERS: Sin duda, señor.

BLOVE: ¿Hace mucho que usted sirve para el señor?

MR. ROGERS: Al contrario, una semana tan siquiera.

BLOVE: ¿Tan solo? Entonces no deberá conocer al resto de los invitados. ¿No sabrá si son antiguos amigos del señor?

MR. ROGERS: No lo sé, señor.

(Entra miss Rogers con una bandeja)

BLOVE: Vaya, pues muchas gracias. Creo que es hora de que me vaya a mi habitación. (A Miss Rogers) ¿A qué hora se cena?

MISS ROGERS: A las nueve, dentro de un cuarto de hora. (Blove sale. Miss Rogers recoge las copas vacías mientras Mr. Rogers limpia la mesa) Este tipo me parece de lo más raro. Llega a una casa y se dedica a vaciar el mueble bar. Y por si fuera poco, esta casa me da mala espina.

MR. ROGERS: No te quejes tanto, ahora ya no puedes echarte atrás. Acabemos de prepararlo todo que ya es casi la hora de cenar.

(Mr. Rogers sale. Vera entra por la misma puerta.)

VERA: (Suspirando) Está siendo un recibimiento de locos.

MISS ROGERS: Sí, a juzgar por alguno de los invitados, entiendo que el señor no quiera venir... (Dándose cuenta de lo que ha dicho) Quería decir... La cena estará lista en diez minutos.

VERA: Perfecto. (Miss Rogers sale) Bueno, creo que todo marcha sobre ruedas.

(Entra Brent con la Biblia en la mano. Se sienta, se pone a leer y se produce un silencio)

VERA: ¿Ha encontrado la habitación a su gusto?

BRENT: (Seca) Perfecta.

VERA: Bien... En cinco minutos la cena estará servida. La espero allí. (Hace intento de irse)

BRENT: (Con doble sentido) Hace frío, ¿no cree?

VERA: (Sorprendida) Sí, bueno.

BRENT: Lo digo porque con ese vestido tan escotado y tan corto no estará muy cómoda.

VERA: (Dubitativa) No, no crea.

BRENT: Un consejo. Deje de ir coqueteando con todos los hombres.

VERA: ¿Perdone?

BRENT: Ya me he fijado. Con ese señor Marston y con Lombard. El trabajo de una secretaria no es este. Límitese a hacer por lo que le pagan y... vístase como una señorita decente.

VERA: (Ofendida) La espero en el comedor, Señora Brent.

BRENT: (Alzando la voz) El mundo no mejorará hasta que no acabemos con la indecencia.

(La señora Brent abre la Biblia y lee un párrafo en voz alta)

BRENT: «Los paganos están precipitados al abismo que ellos mismos habrán cavado; en el cepo que han ocultado se cogerán el pie. El pecador en sus propias redes caerá y será arrojado al infierno.»

Fundida

(La escena transcurre después de la cena. Se inicia vacía. Los personajes irán entrando poco a poco. Entra Vera, seguida de Lombard y Armstrong)

ARMSTRONG: Una cena espléndida. Habrá que felicitar a la cocinera.

VERA: Sin duda. Debo reconocer que me ha sorprendido. A propósito, ¿sabían ustedes que el señor Wargrave era juez?

LOMBARD: Pues sí. Tiene fama de ser un juez terrible, sin ninguna piedad. Estoy convencido de que ha condenado a muchos inocentes.

(Entra Brent hablando con Wargrave. Armstrong, Vera y Lombard se quedan charlando)

BRENT: Así que es usted juez. Pues verá, quería consultarle un par de cosas.

WARGRAVE: Usted dirá.

BRENT: (Mira al resto de invitados) No, aquí delante de todo el mundo... Vayamos fuera, mejor.

(Salen por la terraza a la vez que entran Marston y Blove)

VERA: Esta mujer es insoportable.

BLOVE: Qué bien sienta una copita después de cenar.

MARSTON: Oh, señorita, quería abandonarme. Me he girado y ya no se encontraba a mi lado. ¿Sabe?, es una pena que no nos hayamos conocido antes.

VERA: (Irónica) Sí, hubiera sido fantástico.

MARSTON: Podría haberla llevado en mi coche. Le enseñaría que es la velocidad por las carreteras de Inglaterra. Sabe, podríamos volver juntos.

LOMBARD: No me gustaría desanimarle, pero la señorita Claythorne ya ha reservado billetes de tren para el viaje de vuelta.

MARSTON: Vaya. (Fijándose en las estatuillas situadas encima del piano) A propósito... Son raras estas estatuillas, ¿no les parece?

LOMBARD: Negros, son negros. Serán por lo de la Isla del Negro, me imagino.

VERA: En efecto, es divertido. ¿Cuántos son? ¿Diez?

MARSTON: Sí.

VERA: Son graciosos. Son los diez negritos de la canción de cuna; en mi cuarto está en un cuadro, suspendido sobre la chimenea.

MARSTON: En el mío, también.

BLOVE: Y en el mío.

MARSTON: Creo que es un detalle demasiado infantil.

VERA: No es infantil. No deja de ser curioso.

MARSTON: Mire, la melodía está aquí escrita. ¿Alguien sabe tocar el piano?

VERA: Yo. Y, si no les importa, me gustaría tocarla.

(Empieza a tocarla y a cantar, en voz melosa. Todos la escuchan, absortos. Vuelven Brent y Wargrave. La primera se sienta en la butaca y saca agujas y lana)

“Diez negritos se fueron a cenar. Uno de ellos se asfixió y quedaron Nueve.
 Nueve negritos traspasaron mucho. Uno de ellos no se pudo despertar y quedaron Ocho.
 Ocho negritos viajaron por el Devon. Uno de ellos se escapó y quedaron Siete.
 Siete negritos cortaron leña con un hacha. Uno se cortó en dos y quedaron Seis.
 Seis negritos jugaron con una avispa. A uno de ellos le picó y quedaron Cinco.
 Cinco negritos estudiaron derecho. Uno de ellos se doctoró y quedaron Cuatro.
 Cuatro negritos fueron a nadar. Uno de ellos se ahogó y quedaron Tres.
 Tres negritos se pasearon por el Zoológico. Un oso les atacó y quedaron Dos.

Dos negritos se sentaron a tomar el sol. Uno de ellos se quemó y quedó nada más que Uno.

Un negrito se encontraba solo. Y se ahorcó y no quedó...”

(Entra MacArthur)

MACARTHUR: (Irritado) Por favor, pare. No hay canción que soporte menos. Me recuerda a Leslie...

(MacArthur se dirige a la ventana, donde contempla el paisaje nocturno. En la sala, silencio. Entran Mr. y Miss Rogers)

MISS ROGERS: Espero que los señores hayan cenado bien.

(Cortando su frase, de repente, se oye una voz)

«Señoras y caballeros. Silencio por favor.» «Os acuso de los siguientes crímenes:»

(Todos se miran y se quedan en absoluto silencio, sin entender de dónde proviene esa voz)

«Edward George Armstrong, usted causó la muerte a Luisa Ethel Glees el 3 de octubre de 1925.»

«Emily Caroline Brent, es responsable de la muerte de Beatriz Taylor el 24 de noviembre de 1931.»

«John Gordon MacArthur, usted envió a la muerte con la mayor sangre fría al amante de su mujer, Arthur Richmond, el 4 de enero de 1917.»

«William Henry Blove, es usted causante de la muerte de James Stephen Landor el 10 de octubre de 1928.»

«Vera Elisabeth Claythorne, el 24 de abril de 1933 mató usted a Cyril Oglive Hamilton.»

«Anthony James Marston, el 14 de noviembre último mató a John y Lucy Combes.»

«Philip Lombard, en el mes de junio de 1932 llevó a la muerte a veintiún hombres miembros de una tribu de África Oriental.»

«Tornas Rogers y Ethel Rogers, el 6 de mayo de 1929 dejaron morir a Jennifer Brady.»

«Lawrence John Wargrave, el 10 de junio de 1934 condujo a la muerte a Edward Seton.»

«Acusados: ¿Tienen ustedes algo que alegar en su defensa?»

(Después de un instante de silencio absoluto, Miss Rogers cae desmayada al suelo. Todos se sobresaltan. Armstrong y Lombard, junto a Mr. Rogers, ayudan a llevarla al sofá. Marston y Vera miran desde detrás del sofá. Wargrave da vueltas por la habitación, buscando de dónde procedió la voz. Todos miran a su alrededor, mostrando un nerviosismo poco habitual)

MR. ROGERS: ¡Cariño!

ARMSTRONG: No es nada; un simple desvanecimiento. Volverá en sí de un instante a otro.

LOMBARD: Vaya a buscar coñac, Rogers. (Rogers va a servir una copa de coñac. A medida que avanza el diálogo se ocupa de ella)

VERA: ¿Quién hablaba? ¿Dónde se oculta esa voz? Habría jurado...

MACARTHUR: (Balbuceando) Pero... ¿qué pasa aquí? ¿Qué broma de tan mal gusto es ésta?

(Todos se miran, en silencio)

LOMBARD: Esa voz parecía venir desde la habitación en que estamos.

VERA: Pero ¿quién hablaba? ¿Quién? ¡Desde luego ninguno de nosotros!

WARGRAVE: (Sacando un gramófono escondido) Esta vez lo encontré. (Lo vuelve activar y se escucha, de nuevo, el principio de la grabación)

MARSTON: ¡Pare, pare! ¡Esto es horrible! (Wargrave obedece)

ARMSTRONG: Han querido gastarnos una broma. ¡He ahí todo!

WARGRAVE: ¿Cree usted que se trata de una broma?

ARMSTRONG: ¿Qué quiere usted que sea?

WARGRAVE: En estos momentos no estoy, en absoluto, en disposición de opinar.

MARSTON: Olvidan algo. ¿Quién ha puesto el gramófono en marcha?

WARGRAVE: En efecto. Me parece que una indagación se impone para esclarecer este punto

VERA: (A Miss Rogers) Ya vuelve en sí. (Acercándose a ella)

MR. ROGERS: (A Vera) Permítame, señorita, decirle una palabra... Ethel... Ethel... No te atormentes, no es nada serio... ¿Me comprendes...? Anímate un poco.

ARMSTRONG: Se encontrará mejor dentro de poco; sólo se trata de una broma.

MISS ROGERS: ¿Me he desmayado, Doctor? (Armstrong asiente) Era esa voz... esa horrible voz... Como si fuera la de un juez.

MR. ROGERS Bebe esto cariño. (Le da el coñac. Ella tose)

WARGRAVE: ¿Quién ha puesto ese disco en el gramófono? Ha sido usted, ¿verdad, Señora Rogers?

MISS ROGERS: No sabía de qué se trataba, señor; juro que lo ignoraba. Si hubiese sabido lo que decía, no lo hubiera puesto, se lo aseguro.

WARGRAVE: Quiero creerla... Sin embargo, me gustaría que me proporcionara algunas explicaciones.

MISS. ROGERS No he hecho más que obedecer órdenes.

WARGRAVE: Esclareceremos un poco esto. ¿Qué órdenes le ha dado exactamente el Señor Owen?

MISS. ROGERS Me dijo que pusiera un disco en el gramófono, que este disco lo encontraría en el cajón y que sería ideal para después de la cena.

MACARTHUR: Esta historia me parece extraordinaria.

MISS. ROGERS Es cierto, señor, lo juro. No me pareció raro porque el disco llevaba una etiqueta y yo creía que era música como los demás.

MACARTHUR: Señor Wargrave, ¿qué etiqueta tenía el disco?

WARGRAVE: El lago de los cisnes.

MACARTHUR: Todo esto es grotesco, estúpidamente grotesco. ¿Qué idea han tenido al lanzar acusaciones tan monstruosas contra nosotros? Es preciso avisar sin demora al Señor Owen o a quien sea.

BRENT: Pero ¿quién es ese señor? He aquí la cuestión.

WARGRAVE: Ante todo interesa esclarecer este detalle. Rogers, llévase a su mujer a su habitación y que se acueste. Luego, vuelva en seguida.

MR. ROGERS Bien, señor.

ARMSTRONG: Deje que le ayude, Rogers.

MISS ROGERS: Esa voz... (Los 3 salen hacia las habitaciones)

MARSTON: No sé si opinarán lo mismo que yo, pero creo que es el momento de

beber una copita de licor.

BLOVE: Encantado.

LOMBARD: Sírname un buen whisky.

MACARTHUR: Que sean dos.

WARGRAVE: Tres, por favor.

MARSTON: Y la señorita, ¿qué querrá?

VERA: Nada, muchas gracias...

BRENT: (En voz alta. Molesta) Yo querré un vaso de agua. Tengo la boca seca.

(Entre Marston y Blove sirven a los invitados. Entran Mr. Rogers y Armstrong)

ARMSTRONG: Está mucho mejor. Le he dado un sedante para que descanse.

WARGRAVE: Bien... Veamos, Rogers. Queremos conocer algo de esa historia. ¿Quién es el señor Owen?

MR. ROGERS: (temeroso) Pues el propietario de la isla, señor.

WARGRAVE: Sí, ya lo sé. Pero ¿sabe algo de él? (Mr. Rogers baja la cabeza)

MR. ROGERS: No puedo decirle nada en absoluto, pues no le he visto jamás.

MACARTHUR: (Enfadado) ¿No le ha visto jamás? ¿Qué cuento es éste?

MR. ROGER: Mi mujer y yo estamos aquí sólo desde hace unos días. Fuimos contratados por carta... por la agencia Raiclays.

BLOVE: Buena agencia. Es muy antigua.

WARGRAVE: ¿Tiene esa carta?

MR. ROGERS: No, no la he conservado.

WARGRAVE: Continúe su historia. Dice que fueron contratados por carta...

MR. ROGERS: Sí. Y se nos fijaba el día que teníamos que venir. Aquí todo estaba en orden, había provisiones en abundancia y nos gustó la casa; sólo tuvimos que limpiar el polvo. Más tarde recibimos otra carta. Aquí está. (Se la da a Wargrave) Se nos dice de preparar las habitaciones para recibir a los invitados. Ayer el cartero nos trajo otra del señor Owen diciéndonos que no podía venir y que cumpliéramos con nuestro deber lo mejor posible en su ausencia. Nos daba órdenes para la cena y nos pedía que pusiéramos el disco una vez terminada.

BLOVE: Déjeme ver la carta. (Quitándosela de las manos y con mucha atención) Es una máquina Corona nueva y sin ningún defecto; papel comercial ordinario. No estamos más adelantados que antes. Podrían sacarse huellas digitales, pero me parece que no encontraríamos

ninguna. (Wargrave se queda sorprendido)

MARSTON: (Quitando la carta de las manos a Blove) ¿Se han fijado en los nombres tan raros de nuestro anfitrión? Ulik Norman Owen...

WARGRAVE: Creo que el momento es propicio para reunir todas las informaciones que poseemos. Me parece que cada uno deberíamos decir todo cuanto sepamos acerca del propietario de esta casa. Creo que sería de gran utilidad que cada uno de nosotros explicase exactamente por qué se encuentra aquí. (Se hace un silencio) Bien, entonces tendré que interrogarles personalmente.

BRENT: (Muy decidida) Yo he recibido una carta cuya firma era casi imposible descifrar. Parecía proceder de una amiga que tuve hace dos o tres años en la playa.

WARGRAVE: ¿Tiene aquí esta carta?

BRENT: En mi cuarto. Voy a buscarla. (Sale)

WARGRAVE: ¿Y usted, señorita Claythorne?

VERA: Mi situación es similar a la de los señores Rogers. Fui contratada a través de una agencia de colocación.

WARGRAVE: Ya... ¿Y usted, señor Marston?

MARSTON: Recibí un telegrama de uno de mis amigos, Badger Berkeley. En un primer momento, me quedé sorprendido; creía que ese sinvergüenza se encontraba en Noruega. Me decía que viniese aquí en seguida.

WARGRAVE: Doctor Armstrong, ¿qué tiene que decirnos?

ARMSTRONG: Yo vine aquí como médico, recomendado por un colega que teníamos en común. Como puede ver en esta carta, el sueldo era inmejorable.

WARGRAVE: Bien. ¿Y no tiene usted ninguna relación con la familia Owen?

ARMSTRONG: Ninguna. (Brent vuelve con una carta en las manos. La entrega a Wargrave, que la lee)

WARGRAVE: La firma no es clara...

LOMBARD: Perdón, señor Wargrave.

WARGRAVE: (Levantando la mano haciéndole callar). Espere un minuto.

LOMBARD: Pero si...

WARGRAVE: Vayamos por orden, señor Lombard. En este momento, estamos aclarando las causas que motivaron nuestra asistencia aquí. ¿General MacArthur?

MACARTHUR: Recibí una carta... de ese señor Owen... Me hablaba de los viejos camaradas míos que podía encontrar aquí... Y me pedía sus excusas al

hacerme la invitación de esta forma. No he guardado la carta.

WARGRAVE: Bien... ¿Señor Lombard?

LOMBARD: La misma historia que los demás. La invitación hace alusión a unos amigos comunes y he caído en la trampa. Por desgracia rompí la carta.

WARGRAVE: Ahora lo que interesa es un detalle menos importante. Entre los nombres citados oímos el de William Henry Blove. Pero entre nosotros nadie se llama así. En cambio, el de Davis no ha sido mencionado. ¿Qué dice a esto, señor Davis?

(Se hace un silencio; todos miran a Blove)

ARMSTRONG: ¿No dice nada al respecto? ¡Hable de una vez!

BLOVE: ¿Por qué ocultarlo por más tiempo? Yo no me llamo Davis.

WARGRAVE: Entonces, ¿usted es William Henry Blove?

BLOVE: Sí.

LOMBARD: Señor Blove, no sólo se ha presentado usted con un nombre falso, sino que, además, le he sorprendido mintiendo. Usted pretendía que venía de Natal. Conozco muy bien Sudáfrica y puedo jurar que no puso allí jamás los pies.

(Todos miran a Blove, con ira en sus miradas. Marston se abalanza sobre él)

MARSTON: ¡Ahora, díganos quién es, sinvergüenza!

BLOVE: Si estoy aquí, es por cuestiones de trabajo. Tengo mis papeles y puedo enseñárselos. He pertenecido a la policía y dirijo actualmente una agencia de detectives en Plymouth y fui requerido para venir aquí por el señor Owen. Adjunta en su carta había una gran cantidad de dinero para mis gastos y me daba las instrucciones que debía seguir. Debía mezclarme con los invitados, vigilar sus hechos y gestos.

WARGRAVE: ¿Y qué razón le daba?

BLOVE: (Con amargura) Las joyas de mistress Owen. No se fiaba de ustedes... Me pregunto, ahora, si existe el tal señor Owen.

WARGRAVE: Supongo que no conocerá al señor Owen.

BLOVE: En efecto.

WARGRAVE: Las conclusiones me parecen lógicas. ¡Ulik Norman Owen! En la carta dirigida a miss Brent, el apellido era ilegible, pero el nombre se podía leer: Una Nancy O., es decir, siempre U. N. Owen. Con un poco de imaginación y fantasía se podría reconstruir la palabra inglesa «Unknown», es decir, desconocido.

VERA: ¡Esto es una locura!

WARGRAVE: Tiene usted razón, miss Vera. Estoy seguro de que hemos sido invitados por un loco, probablemente un loco... un maniático del crimen.

BRENT: Antes de nada, díganos, señor Wargrave, por qué está usted aquí.

WARGRAVE: Yo recibí esta carta. (Saca una carta, que es cogida por Marston rápidamente) Esta carta está escrita como si fuese de una de mis viejas amistades, Lady Constance Culmington, a la que no he visto desde hace dos años. El autor de esta carta ha empleado el estilo incoherente y fútil de lady Culmington para invitarme a encontrarla aquí, y me habla de los propietarios de una manera confusa.

Fíjense ustedes en que en todas las cartas se encuentra la misma táctica, sobresaliendo un punto del mayor interés: que, sea quien fuere el individuo, hombre o mujer, que nos ha traído a esta casa, nos conoce o se ha molestado en buscar datos sobre cada uno de nosotros.

Ustedes han visto cómo nuestro anfitrión conoce muchas cosas nuestras que le han permitido formular acusaciones concretas

(Todos se quejan, gritando, a la vez)

MACARTHUR: Todo eso no es más que un hatajo de calumnias

VERA: ¡Esto es cínico!

MR. ROGERS: ¡Es una mentira, una infame mentira! ¡Jamás ni mi mujer ni yo hemos cometido crimen alguno!

MARSTON: Me pregunto a dónde quiere llegar ese loco.

WARGRAVE: (Levantando la mano) Silencio, por favor. Antes de nada deseo hacer

una declaración. He sido acusado de la muerte de un tal Edward Seton. Me acuerdo perfectamente de Seton. Estaba acusado del asesinato de una vieja y compareció ante mí en junio de 1930. Su abogado le defendió hábilmente y él mismo produjo una buena impresión en el jurado. Pero después de las declaraciones de los testigos, su crimen no dejaba duda a mis ojos. Se recurrió contra la sentencia invocando unas inexactitudes en la interpretación de los hechos, pero la apelación fue desestimada y el hombre ejecutado. Que quede claro que cumplí con mi deber condenando a muerte a un asesino.

ARMSTRONG: (Con intención) ¿Conocía personalmente a Seton? Quiero decir antes del proceso.

WARGRAVE: (Muy categórico) No, no conocía personalmente a Seton antes del proceso.

VERA: Quisiera decirles... a propósito del niño Cyril Hamilton, que era yo su institutriz. Estábamos en una playa y le tenía prohibido nadar demasiado lejos. Un día, me despisté y se fue más lejos de lo que le tenía permitido. Salté al agua para cogerle, pero llegué demasiado tarde. Fue horroroso, pero no pude hacer nada. En la investigación, el fiscal reconoció mi inocencia. La madre del niño no me dirigió ningún reproche y me demostró su afecto. ¿Por qué recordarme este doloroso accidente? Es injusto... ¡Injusto! (Llora)

MACARTHUR: Vamos, vamos, querida... Sabemos que todo eso es falso... Se trata de un loco chiflado, digno de encierro. No vale la pena darle importancia a esas infamias. Entretanto, yo declaro que no hay nada de cierto en esa historia del joven Arthur Richmond. Richmond era oficial de mi regimiento, le envié a un reconocimiento en el que o bien podía conseguir la gloria o bien morir... (Silencio) El caso es que murió. (Se va enfureciendo) ¿Pero qué hay más corriente en tiempo de guerra? Lo que me molesta es esa malévola insinuación sobre la conducta de mi mujer... La más fiel de todas las esposas... ¡La mujer de un general! (Se sienta, agotado)

LOMBARD: (Con una media sonrisa) Por lo que se refiere a los indígenas...

MARSTON: ¿Qué?

LOMBARD: Es una historia verídica. Los abandoné a su suerte. Era una cuestión de vida o muerte. Estábamos perdidos en la selva. Mis dos camaradas y yo cogimos lo que quedaba de alimento y huimos.

MACARTHUR: ¡Cómo! ¿Ustedes abandonaron a sus hombres? ¿Les dejaron morir de hambre?

LOMBARD: El conservar la vida creo que es el primer deber de un hombre. Los indígenas no tienen miedo a la muerte... Sobre este particular su mentalidad difiere de la de los europeos.

VERA: (Con media voz) ¿Los... los dejó morir?

LOMBARD: Sí, los dejé morir.

MARSTON: Ahora que lo pienso... Johnny y Lucy Combes debían de ser dos niños a los que atropellé cerca de Cambridge... ¡Qué mala suerte!

WARGRAVE: ¿Para ellos o para usted?

MARSTON: Hombre, pensaba que para mí... Pero quizá tenga usted razón; también fue mala suerte para ellos. Pero se trata de un accidente. Los niños salían corriendo de una casa. Me quitaron el permiso de conducir durante un año, y eso, por cierto, me fastidió.

BRENT: ¡Esos excesos de velocidad son inadmisibles enteramente! ¡Los jóvenes imprudentes de su categoría constituyen un peligro público!

MARSTON: (Mientras se dirige al mueble bar y se llena el vaso de soda) Estamos en el siglo de la velocidad. ¡Qué diablos! ¡Son las carreteras inglesas las defectuosas! ¡Hay que ir siempre a paso de tortuga! Lo cierto es que fue un accidente; ¡yo no tuve la culpa!

MR. ROGERS (Cortando la discusión) ¿Me permiten que les diga algo? (Todos se callan y le miran)

LOMBARD: Le escuchamos.

MR. ROGERS También la voz ha citado mi nombre y el de mi mujer... y el de miss Brady. No hay nada de cierto en lo dicho. Mi mujer y yo estuvimos a su servicio hasta que murió. Esa noche se puso enferma... Hubo una gran tempestad, el teléfono estaba averiado; era imposible llamar al doctor y fui yo mismo a buscarlo a pie. Llegamos demasiado tarde. Lo hicimos todo para salvarla. Le estamos muy agradecidos, todo el

mundo se lo dirá, señor; ¡jamás tuvo queja alguna de nosotros! ¡Ni el menor reproche!

BLOVE: ¿Y estuvo agradecida con ustedes en su testamento?

MR. ROGERS (Categórico) Miss Brady nos dejó una suma como premio a nuestros fieles servicios. ¿Y por qué no?

LOMBARD: ¿Y si usted nos hablara un poco de sí mismo, señor Blove? Su nombre también aparecía en la lista de acusados.

BLOVE: ¿El asunto Landor? Se trataba de un robo en un banco, el London Commercial.

WARGRAVE: (Se da por aludido) Me acuerdo muy bien, aunque no intervine en el proceso: Landor fue condenado tan solo por su testimonio, Blove. Además, fue usted quien, como oficial de policía, llevó la indagatoria.

BLOVE: Exactamente

WARGRAVE: Landor fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad y murió en Dartmour. Su salud era muy delicada.

BLOVE: Ese individuo no era más que un estafador. Fue él quien mató al sereno. Su culpabilidad no dejaba lugar a dudas.

WARGRAVE: Usted recibió, me parece, felicitaciones por su habilidad.

BLOVE: Ascendí en mi carrera, pero no hice sino cumplir con mi deber.

LOMBARD: (Con ironía) Por lo visto, todos somos personas que respetan la ley y cumplen su deber; excepto yo. ¿Y usted, doctor? ¿Qué le parece si hablásemos un poco de error profesional? ¿Se trataba de una operación ilegal?

ARMSTRONG: Les declaro que no comprendo nada de esa historia. No me acuerdo de haber operado a nadie con ese nombre y menos que se muriese por mi culpa. ¡Hará tantos años! Lo probable es que fuese una operación en el hospital, y ya saben ustedes que a veces está en tal estado el enfermo que no sirve para nada operar. Y luego la familia lo achaca al cirujano si sobreviene la muerte.

(Silencio, todos miran a la Señora Brent, que evita las miradas. Al cabo de unos segundos, se da por aludida y alza la cabeza.)

BRENT: ¿Esperan que les diga algo? No tengo nada que decirles.

WARGRAVE: ¿Nada?

BRENT: No, nada

WARGRAVE: ¿Se reserva usted para la defensa?

BRENT: (Fríamente) Es inútil que me defienda. He obrado siempre con arreglo a mi conciencia y no tengo nada que reprocharme.

WARGRAVE: El interrogatorio se suspende por el momento. Por cierto, Rogers, aparte de nosotros, usted y su mujer, ¿hay alguien más en la isla?

MR. ROGERS No, señor.

WARGRAVE: No me explico qué intenciones tuvo nuestro desconocido anfitrión al reunimos en esta casa. A mi juicio esta persona, hombre o mujer, no tiene completas sus facultades mentales. Creo que deberíamos abandonar la isla tan rápido como podamos.

VERA: Certo, saquemos las maletas. (Hacen un intento de ir a las habitaciones)

MR. ROGERS Perdón, señores, pero no hay barco en la isla.

MACARTHUR: ¿Ni una barca? (Mr. Rogers niega con la cabeza) Entonces, ¿cómo se comunica usted con la costa?

MR. ROGERS Cada mañana viene un barco que nos trae el pan, la leche y el correo, y toman los pedidos para los proveedores.

BRENT: Pues avisen por teléfono.

MR. ROGER Lo siento, pero tampoco será posible El constructor construyó esta casa sin línea telefónica.

WARGRAVE: En este caso, todos deberemos esperar a mañana para tomar el barco de Narracott.

(Todos asienten, menos Marston)

MARSTON: Esta huida no tiene nada de elegante. Antes de irnos deberíamos

aclarar este misterio. Parece una novela policíaca... de las más emocionantes.

BLOVE: Señor Marston, a mí las novelas me gusta leerlas, no vivirlas.

MARSTON: Ya... Entiendo que procure tener una vida más aburrida. Lo que pasa es que encuentro que la vida es cada vez más breve. Los asuntos criminales me apasionan, me entusiasman. ¡Bebo a la salud de los asesinos!

(Bebe. De repente, Marston parece que se ahoga. Con movimientos espasmódicos acaba por caer a los pies de su butaca, muerto. Todos a su alrededor lo miran con preocupación y asombro. Mientras esto pasa, una de las 10 figuritas desaparece. Se produce un momento de silencio. Todos los invitados contemplan la escena, estupefactos, como si no pudieran creerlo. Solo el doctor es capaz de reaccionar. Se dirige al cuerpo y le levanta la cabeza)

ARMSTRONG: ¡Dios mío! ¡Ha muerto! (Le examina los labios y los ojos. Blove coge el vaso del que bebía Marston. Mientras avanza el diálogo, lo inspecciona)

MACARTHUR: ¿Muerto? ¿Es posible que este joven se haya ahogado?

BLOVE: Llámelo así si quiere. Lo cierto es que murió asfixiado.

MACARTHUR: Jamás he visto morir tan de repente... en un acceso de ahogo.

BRENT: ¡En plena vida pertenecemos a la muerte!

BLOVE: No, un hombre no muere por un simple acceso de tos; la muerte de Marston no es natural.

VERA: (Conmocionada) ¿Había algo... en el whisky?

BLOVE: Sí. No sabría precisar la naturaleza del veneno, pero todo me hace creer que se trata de cianuro. No será ácido prúsico; debe de ser cianuro de potasio, que mata de manera fulminante.

(Armstrong se dirige al mueble bar e inspecciona la botella de la que se sirvió Marston)

WARGRAVE: ¿El veneno estaba en el vaso?

BLOVE: Sí.

ARMSTRONG: No encuentro nada sospechoso en las botellas.

LOMBARD: ¿Cree usted que él mismo se habría echado el veneno?

ARMSTRONG: (Con poca convicción) Eso parece...

BLOVE: ¿Entonces es un suicidio? He aquí una cosa rara.

VERA: Jamás habría creído que un hombre tan jovial y tan vigoroso pensara en suicidarse. Cuando esta tarde llegó en su coche, parecía como... un... ¡Oh, no sabría explicarlo!

BLOVE: Doctor, todo esto me parece increíble. Marston no era del tipo de los que se suicidan.

ARMSTRONG: Yo pienso lo mismo.

MR. ROGERS: Por favor, podemos llevar el cadáver del señor Marston a su habitación... Solo faltaría que mi mujer se despertase y...

BLOVE: Tiene razón. (A Rogers) ¿Me echa una mano? Llémosle a su cuarto. (Entre los dos sacan el cadáver de Marston).

BRENT: Haríamos bien en ir todos a la cama. Ya es muy tarde. (Se hace un silencio, en el que todos intercambian miradas)

WARGRAVE: Es cierto que todos tenemos necesidad de dormir.

LOMBARD: A propósito, ¿se encuentra mejor su mujer?

ROGERS: Ahora está durmiendo. Arreglaré el comedor y mañana ya veré cómo se encuentra.

WARGRAVE: Perfecto. Yo iré tirando. Buenas noches. (Sale)

LOMBARD: Sí, le acompaño. Buenas noches. (Sale)

BRENT: Creo que mi hora también ha llegado. De ir a dormir, me refiero. Hasta mañana.

MACARTHUR: Si me permite acompañarla. (Salen los dos)

VERA: No puedo creerlo...

LOMBARD: Debería descansar. Ha sido un día muy duro. Ya pensaremos en ello mañana cuando nos hayamos ido.

ARMSTRONG: Sí, háganos caso, descansen.

VERA: Si me permiten estar sola un momento. Ahora iré a mi habitación.

(Armstrong y Lombard se miran. Asienten con la cabeza y salen de la habitación. Vera se sienta en el piano y toca la melodía de los 10 negritos)

VERA: Diez negritos se fueron a cenar. Uno de ellos se asfixió y quedaron Nueve. ¡Es horroroso! Exactamente lo que ha pasado esta noche. Y esa voz... ¿Por qué recordarlo ahora? (Empieza a llorar. Por la puerta de las habitaciones aparece el doctor, que consuela a Vera)

ARMSTRONG: Ya basta por hoy. Descanse. (Vera sale, el doctor se sirve una copa y se sienta en el sofá. Mira la copa y dice, en tono triste) ¿Por qué...? ¿Por qué lo hice...?

(Armstrong se levanta, se dirige hacia el mueble bar. Se gira de repente y se esconde la copa en la espalda. La escena se centra en él, viviendo el pasado)

(Con síntomas de embriaguez) ¿Operar? ¿La operación? Claro, claro, estoy listo. Deme solo un segundo. Estaba borracho... Eso fue... (Gritando) ¡Ya voy, que se espere! (Mira a su alrededor) No tenía ninguna alternativa... La operación era de las más sencillas. (Gritando a su alrededor) ¡No! Estoy perfectamente. ¿Insinúa que he bebido? ¡Un médico como yo no puede permitirse beber antes de una operación! No tenía tiempo para pensar... Me temblaban las manos. Ella lo sabía..., pero no dijo nada. (Se sienta en el sofá) ¿Por qué recordarlo otra vez...?

Fundida

(La escena se inicia con el doctor Armstrong dormido en el sofá, con una botella vacía en la mesa. Por la luz de la ventana parece ser muy pronto. Desde las habitaciones entra corriendo Mr. Rogers)

MR. ROGERS: (Alterado) ¿Doctor? ¡Doctor!

ARMSTRONG: ¿Qué pasa?

MR. ROGERS: Es mi mujer, doctor; no la puedo despertar, he probado todos los medios. ¡Dios mío! Debe de ocurrirle algo grave, doctor... (El doctor se levanta de un golpe y sigue a Rogers, que sale corriendo del comedor)

(Por la luz de la ventana se puede percibir que han pasado varias horas. En la escena están Vera y el juez mirando por la ventana, Blove en el mueble-bar y MacArthur y Brent sentados cada uno en una butaca. Cuando la escena empieza, Lombard entra de las habitaciones)

BRENT: ¿A qué hora suele venir el transporte?

VERA: De siete a ocho. Me pregunto qué habrá pasado.

LOMBARD: ¿Qué hora es ya?

VERA: Las diez menos diez.

LOMBARD: En cuanto a esa canoa...

BLOVE: Adivino su pensamiento, señor Lombard. Yo me he preguntado lo mismo: la canoa hace más de dos horas que debiera estar aquí y aún no ha llegado. ¿Por qué? (El doctor entra desde la terraza)

LOMBARD: ¿Usted encuentra alguna explicación?

BLOVE: No es un accidente. Oiga lo que pienso: creo que esto forma parte de la *mise en scène*. En este asunto todo es probable.

LOMBARD: Entonces, ¿usted cree que no vendrá ya?

ARMSTRONG: Disculpen un momento. He creído preferible esperar a terminar de desayunar para enterarles de la nueva tragedia. La mujer de Rogers ha muerto mientras dormía. (Todos se sobresaltan)

VERA: Pero... ¡esto es horrible! Dos muertes en una isla desde ayer...

WARGRAVE: Es increíble. ¿Sabe usted cuál es la causa de la muerte?

ARMSTRONG: (Negando con la cabeza) Imposible darse cuenta a primera vista.

VERA: Ayer parecía estar muy nerviosa. Por la noche recibió una conmoción; debió de morir de un ataque cardíaco.

ARMSTRONG: Es cierto, el corazón le falló... Pero ¿qué fue lo que provocó este ataque de corazón? Esa es la pregunta.

BRENT: ¡Su conciencia! (Todos la miran, sorprendidos)

ARMSTRONG: ¿Qué insinúa, señora Brent?

BRENT: Todos lo oyeron; ella y su marido han sido acusados de haber matado a su antigua señora, una vieja dama.

LOMBARD: Entonces cree...

BRENT: Creo que esa acusación es cierta. Ayer noche, ustedes vieron, lo mismo que yo, cómo se desvanecía al oír la revelación de su atentado. No pudo soportar el recuerdo de su fechoría... Ha muerto de miedo.

ARMSTRONG: Aun así, primero debemos saber si padecía de problemas cardíacos.

BRENT: Si usted lo prefiere, llámelo castigo del cielo. (Estas palabras provocan gran indignación entre los presentes)

BLOVE: Miss Brent, usted lleva las cosas demasiado lejos.

BRENT: (Se levanta) ¿Ustedes creen imposible que un pecador sea castigado por la cólera divina? ¡Yo no!

WARGRAVE: (Irónico) Estimada señorita: la experiencia me ha enseñado que la providencia nos deja a nosotros, mortales, la misión de castigar a los culpables. Nuestra tarea está a veces erizada de dificultades y no es muy expeditiva. (Brent niega con la cabeza y baja la mirada con un gesto de reproche. Sale hacia las habitaciones)

BLOVE: Bueno, ¿y qué tomó ayer ya estando en la cama?

ARMSTRONG: Nada.

WARGRAVE: Usted afirma que no bebió nada, ¿ni siquiera una taza de té o un vaso de agua?

BLOVE: Apostaría a que bebió una taza de té. Es el remedio corriente de esta gente.

ARMSTRONG: Rogers sostiene que no tomó nada.

BLOVE: Ya puede decir lo que quiera. Anoche todos escuchamos esa acusación. No puede ser más que una broma de un loco, ¡pero quién sabe! Supongamos por un momento que sea verdad que Rogers y su mujer dejaron morir a la vieja; ellos se creían seguros y se felicitaban por su buena suerte.

VERA: (Interrumpiendo) Es cierto. Ayer no se veía muy tranquila a la señora Rogers.

BLOVE: Sí, sí..., puede ser. De todas formas, ni Rogers ni su mujer se creían en peligro hasta anoche, que se descubrió el enredo. ¿Qué pasó entonces? La mujer perdió el conocimiento. ¿Se fijaron ustedes en el

cuidado que tuvo su marido en no dejarla cuando volvió en sí? Temía que revelase sus secretos. Y he ahí donde estamos. Los dos han cometido un crimen, y ahora, si se les descubre, ¿qué pasaría? Pues hay nueve posibilidades contra diez de que la mujer se delatara. No tendría valor para seguir mintiendo hasta el final, y ello era un peligro para su marido, que sí tiene el valor suficiente para callar para siempre, pero no se fía de su mujer. Si ella hablaba, él corría el riesgo de ser ahorcado. ¿Qué cosa más natural que poner un veneno en la taza de té y cerrar así para siempre la boca de su mujer?

MACARTHUR: Me parece imposible que un hombre pueda obrar así con su mujer.

BLOVE: Cuando un hombre siente que su vida peliga, el cariño no importa.

(Entra Rogers desde las habitaciones. Se hace un silencio, todos le miran)

ROGERS: ¿Quieren que les sirva alguna otra cosa? Perdónenme si no había bastante desayuno, pero nos queda muy poco pan y el de hoy todavía no nos lo han traído. (Todos desvían la mirada)

MACARTHUR: (Rompiendo el silencio, con voz emocionada) Siento muchísimo lo ocurrido con su mujer. El doctor nos lo acaba de contar.

ROGERS: Ya ve, señor... De lo agradezco mucho. (Sale)

MACARTHUR: La canoa no vendrá. (Todos le miran) Seguro que no vendrá. Todos contamos con esa barca para abandonar la Isla del Negro, pero ¿quieren saber mi opinión? Pues que no nos marcharemos de esta isla. Ninguno de nosotros saldrá de ella. (Se levanta y, mientras habla, se va por la terraza) Esto es el fin... ¿Me comprenden...? ¡El fin de todo! Disfrutaremos de la paz... Sí, de una paz dura.... Llegar al final del viaje... No más inquietudes... La paz...

BLOVE: (Se sienta) Uno que está ya medio loco. Creo que todos vamos a perder la cabeza.

LOMBARD: Bueno, no es el momento de desanimarse. Alegren esas caras.

BLOVE: Debemos de haber dormido mal. (Se dirige a la terraza. A Lombard) Lo que es extraño es haber dormido bien.

LOMBARD: Pues yo he dormido perfectamente.

BLOVE: ¿Y no le han perturbado el sueño los 20 indígenas de Suráfrica? (Se encaran)

LOMBARD: ¿Qué le pasa, tiene pesadillas sobre James Stephen Landor?

WARGRAVE: Basta de discutir. Eso es lo último que debemos hacer. (Blove y Lombard salen, enfadados, por la terraza y por las habitaciones, respectivamente) (A Vera) Aquí solo hacemos que discutir; quizá nos convenga tomar el aire.

(Vera asiente y se van por la terraza. Entra Rogers, que se queda inmóvil ante las 8 figuras. El Doctor entra desde la terraza, en dirección a las habitaciones)

MR. ROGERS: (Balbuceando, nervioso) Doctor...

ARMSTRONG: ¿Qué le pasa, Rogers? Tranquilícese.

MR. ROGERS: Se trata de las figuritas de porcelana que están encima de la mesa. Había diez; le puedo jurar que había diez.

ARMSTRONG: Es cierto, las contamos ayer.

MR. ROGERS: Es justamente esto lo que me enloquece. Ayer noche, cuando quité la mesa, no había más que nueve. Me pareció raro, pero no le di ninguna importancia. Hace unos momentos que vine para retirar el servicio... (Se sienta en una butaca) Cuéntelas usted mismo, si no me cree; sólo hay ocho. ¿No es esto incomprensible, señor? ¡Solamente ocho! Disculpe señor, creo que iré a preparar la comida. (Mr. Rogers sale. Armstrong hace lo mismo por la terraza)

(Entra Brent, enfadada, con una carta en la mano, y Vera, que va a por una copa)

BRENT: (A Vera) El hombre que nos trajo ayer era bastante formal; es verdaderamente raro que se retrase tanto esta mañana.

VERA: ¡Esta aventura es tan absurda! No se comprende nada.

BRENT: Me he dejado engañar muy fácilmente. Esta carta es absurda, si se toma uno la molestia de examinarla detenidamente. Pero cuando la recibí no tuve la menor sospecha.

VERA: (Mira de reojo a Rogers y aparta a Brent al otro lado de la habitación. En voz baja) ¿Piensa de veras lo que dijo antes? (Brent mira sin entender de qué habla) Eso sobre que Rogers y su mujer dejaron morir a su señora. (Rogers y el doctor salen a la terraza. Brent se sienta donde lo hacía Mr. Rogers)

BRENT: Todo parece confirmar mi idea: la forma en que se desvaneció la criada en el momento en que su marido dejaba caer la bandeja con el

servicio de café... Recuérdelo. Después, las explicaciones de Rogers... sonaban a falso. ¡Desde luego, para mí son culpables, sin duda

alguna!

VERA: ¿Y todas las demás acusaciones serían falsas? Si la voz decía la verdad referente a los esposos Rogers...

BRENT: Naturalmente, las otras acusaciones eran exageradas y hasta ridículas. Así, el reproche contra el juez Wargrave, que cumplió con su deber, igual que el caso del ex detective de Scotland Yard... y justamente el mío.

VERA: ¿Me va a contar lo que sucedió?

BRENT: ¿Por qué no? Soy inocente. En vista de las circunstancias, preferí no decir nada anoche. Me dolía el tener que hacerlo delante de esos señores. Beatriz Taylor era mi criada. No era una joven sensata, pero lo descubrí demasiado tarde; me desilusionó mucho. Tenía buenos modales; voluntariosa y servicial.

(Se levanta. La escena se centra en ella, recordando el pasado)

Al principio me satisfizo, pero todas estas cualidades eran sólo la fachada de un interior hipócrita de costumbres ligeras y, desde luego, sin moralidad. Una criatura espantosa. ¡Un día me informó de algo horrible! ¿Embarazada? ¿Y quién es el padre? ¿Un vagabundo? ¿O acaso lo hiciste por dinero? Qué se ha hecho de la educación que has recibido, que dirán tus padres cuando se enteren.

VERA: ¿Qué pasó entonces?

BRENT: Pues que no la tuve ni una hora más debajo de mi techo. Nadie me reprochará de alentar el vicio. (Colérica) ¿Dónde crees que vas? ¡Fuera de aquí inmediatamente! ¿Frío? Haberlo pensado antes de acostarte con cualquiera sin estar casada.

VERA: Pero ¿qué le pasó?

BRENT: Esa inmunda criatura, no satisfecha de tener sobre su conciencia un pecado, cometió otro más grande aún. ¿Se ha suicidado? ¿Cómo ha pasado? (Se va sentando). Veo que no ha podido con sus remordimientos.

(A Vera no le salen las palabras)

BRENT: (Fría) Sí, arrojándose al mar.
VERA: (Conmocionada) ¿Qué sintió usted al saber que se había suicidado de desesperación?
BRENT: ¿Yo? ¿Qué tenía que sentir?
VERA: (Sin entender nada) Pero... su severidad la empujó a la muerte.
BRENT: (Enfadada, se levanta) Fue víctima de su propio pecado. Si se hubiese conducido como una joven honesta, nada de eso hubiera ocurrido.

(Entra Wargrave, seguido del doctor y Blove. Brent se sienta)

WARGRAVE: La mar está calmada. Si la barca no ha venido, ya no vendrá. Me parece que la idea de dejarnos abandonados corresponde a nuestro misterioso anfitrión. (Entra Lombard)
VERA: ¿Y no podemos hacer nada?
LOMBARD: Tan solo descubrir quién ha organizado todo esto. Seguro que está escondido en algún lugar de la isla.
ARMSTRONG: Antes de nada querría comentarles algo. He estado reflexionando sobre la muerte de la señora Rogers y me parece que guarda relación con la muerte del señor Marston.
WARGRAVE: Insinúa que...
LOMBARD: (Le interrumpe, pensativo) Anthony Marston ha sido envenenado por alguien. ¿Y la señora Rogers?
ARMSTRONG: Aunque con dificultad, habría podido creer en el suicidio de Marston si no hubiese por la muerte de la mujer de Rogers. Por otra parte, habría admitido, sin duda, el suicidio de la mujer si no hubiese sido por la muerte de Marston. No rechazaría la idea de que Rogers se haya desembarazado de su mujer, sin el fin inexplicable de Marston. Lo esencial será encontrar una explicación a estas dos muertes. Y antes de que saquen sus propias conclusiones, déjenme advertirles de un detalle del que Rogers me ha informado: han desaparecido dos figuras, una tras cada muerte.
VERA: (Recordando la melodía) «Diez negritos se fueron a cenar. Uno de ellos se asfixió y quedaron Nueve. Nueve negritos trasncharon mucho. Uno de ellos no se pudo despertar y quedaron Ocho». Lo mismo que con Marston y la señora Rogers.

ARMSTRONG: Exacto.

BLOVE: No ha venido ninguna canoa, lo que confirma sobradamente la conspiración llamada Owen. La Isla del Negro quedará aislada del resto del mundo para permitir al señor Owen realizar su tarea hasta el final.

LOMBARD: Ese loco ha olvidado algo. Esta isla no es más que una desnuda roca; la exploraremos fácilmente de arriba abajo y descubriremos la guarida de U. N. Owen.

BLOVE: Hay que tener mucho cuidado, podría ir armado.

LOMBARD: (Sacando una pistola. Vera y el doctor dan un paso atrás) Es él quien tiene que tener cuidado. (Mira alrededor) Esta monada me ha salvado la vida más de una vez. Esperemos no tener que utilizarla.

BLOVE: Ocúpense de los alrededores, yo comprobaré la casa.

(Salen Lombard y Armstrong por la terraza, cruzándose con MacArthur, que se sienta, y Blove, por las habitaciones. Brent se levanta)

WARGRAVE: Sinceramente, creo que vale más la inteligencia que una pistola. (A Vera) Estaré fuera, repasando algunos detalles.

BRENT: (Se levanta) Yo iré a buscar la lana gris. No sé dónde la he dejado. (Sale por las habitaciones)

MACARTHUR: ¿Por qué se entrometen tanto...? Tan solo hay que esperar, esperar tranquilamente...

VERA: (Se sienta) ¿Esperar qué, general?

MACARTHUR: El fin, esperar el fin... (Grita) ¡Leslie! Dios... La quería tanto...

(La escena se centra en MacArthur, que revive el pasado. Se levanta)

Él... un oficial joven, guapo... Siempre estaba por casa... No sospeché nada. La verdad se me presentó sin buscarla. Estábamos en el frente, ella nos enviaba cartas a los dos. (Hace como si leyera una carta) Un día se equivocó al enviar las cartas y leí... leí lo que nunca me hubiera temido. (Leyendo) Estaré sola dos semanas, te espero. No dije nada a nadie y esperé... Fue tan fácil.

¡Que se presente aquí Richmond! Ya sabe que para mí es como un hermano. Confío en usted más que con nadie. No es una misión

sencilla, pero no conlleva demasiado peligro. Le digo que nunca enviaría a alguien que quiero como un hermano a la muerte. ¡Confíe usted en mí! Debemos hacerlo. Puede llevarnos a la victoria. ¡Es una orden!

¿Ha muerto? Vaya. Lo siento con toda mi alma. Bueno, a veces los generales también nos equivocamos. (Se sienta)

VERA: Entonces usted reconoce haber...

MACARTHUR: ¿Para qué negarlo ahora, ya que vamos a morir todos? Envié a Richmond a la muerte; esto era un crimen. ¡Bravo! ¡Un crimen...! ¡Y decir que siempre respeté la ley...! Pero en este momento no veía las cosas como hoy, y no tuve remordimientos. «Se lo ha buscado; lo tiene bien merecido». Así pensaba yo entonces... ¿Y ahora qué me queda? Esperar mi castigo... (Se levanta)

VERA: Escuche...

MACARTHUR: (La mira) No sé si Leslie supo la verdad... No lo creo. Jamas adiviné sus pensamientos. Más tarde murió y me dejó solo. (Vera se queda callada, sin saber qué decir) No se preocupe. Cuando llegue la hora, usted, yo y todos nosotros también seremos felices.

VERA: (Angustiada) No diga eso.

MACARTHUR: Voy fuera, a sentarme y... esperar. Leslie... (Entra Blove)

BLOVE: Saben, creo que antes de continuar tomaré algo. Es la presión, ¿sabe? ¿Le apetece una copita?

VERA: (Enfadada) ¿Una copa? ¿Un asesino anda suelto y usted solo quiere tomar una copa? (Entra Brent con la lana y se sienta)

BLOVE: No es para tanto, era una broma... Bueno, continuaré investigando. Cuando se le pase el mal humor, me avisa.

(En este momento una estatuilla desaparece. Blove sale por las habitaciones)

BRENT: No me gusta nada este hombre.

VERA: A mí me preocupa el general MacArthur, está muy afectado.

BRENT: No se preocupe, Dios le castigará también. (Se hace el silencio; de golpe, Brent pregunta) ¿Y usted? ¿Qué hay de cierto en esa historia?

VERA: (Evitando dar respuestas) ¿Qué historia?

BRENT: Lo de ese niño. ¿Fue un accidente? A juzgar por la grabación, el asesino tiene motivos para pensar que fue un crimen.

VERA: No sé... no sé por qué lo dice. Solo fue un accidente. (La escena se centra en Vera, que revive el pasado. Durante ésta, entra Mr. Rogers y conversa con Brent. Después habla con Vera, que no le responde, absorta en sus pensamientos)

Hugo... Yo te quería. Si no hubiera sido por ese niño, que tanto nos molestaba. Ya sabes que no puedes ir nadando hasta las rocas, es muy peligroso. Decidí tomar una decisión. Si salía bien, habría sido un accidente. Si no, mentiría y diría que se lo inventaba. Cariño, haremos una cosa. Yo distraeré a tu madre. Nadas hasta las rocas y así verá que puedes hacerlo. El hecho es que ni un adulto hubiera sido capaz de nadar con esa corriente. Pensaba que entonces Hugo la dejaría y vendría conmigo. Todo salió bien. El niño se ahogó y durante el juicio hasta su madre testificó a favor de mi bondad. Nadie sospechó nada... Nadie menos Hugo, que no quiso saber nada más de mí.

BRENT: Señorita Claythorne, ¿le ocurre algo?

MR. ROGERS: Le decía que he bajado mis cosas al piso de abajo. Comprenderán que no quiera dormir en esa habitación. Les informo para que no se asusten si oyen ruidos. La comida estará lista en pocos minutos, cuando ustedes quieran...

VERA: Perfecto.

Fundida

(La escena se inicia igual que acaba. Mr. Rogers no está. Entran Armstrong y Lombard, visiblemente decepcionados. Detrás de ellos, el juez Wargrave)

WARGRAVE: ¿Y bien?

ARMSTRONG: (Decepcionado) Nada, estamos solos en esta isla. (Entran Blove y Mr Rogers)

BLOVE: Doctor, ¿no pudo usted equivocarse en la dosis de tranquilizantes que dio a la señora Rogers?

ARMSTRONG: (Ofendido) Un médico no puede permitirse el lujo de equivocarse, amigo mío, aunque por lo visto no pasa lo mismo con los policías.

BLOVE: No sería la primera vez que haya usted cometido una equivocación, si creemos lo dicho por el disco del gramófono.

LOMBARD: ¿Qué significa esta actitud agresiva? Estamos todos en la misma

situación y debemos ayudarnos mutuamente, pues... también podríamos preguntarle algo a usted sobre este asunto de perjurio.

BLOVE: Déjeme tranquilo con esa historia; no son más que mentiras. Me gustaría conocer ciertos detalles acerca de usted. Quisiera que usted me dijese por qué lleva un revólver, cuando viene usted sólo a título de invitado.

LOMBARD: (Riéndose) Blove, usted no es tan tonto como parece.

BLOVE: Puede ser, ¡pero díganos la verdad ahora!

LOMBARD: Bueno; he dejado creer que estaba invitado en esta lista como los demás. No es cierto. La realidad es que un hombre me ha ofrecido cien guineas por venir aquí y tener abiertos los ojos para lo que pudiera pasar. Me dijo que yo estaba reputado como hombre de recursos en las situaciones difíciles. Pero ahora juraría que todos estamos cogidos en la misma celda. ¡La muerte de la señora Rogers! ¡La de Tony! ¡La desaparición de los negritos! (Los señala; se produce un silencio)

VERA: (Con voz temblorosa) Hay... hay siete.

LOMBARD: (Alarmado) ¿Quién falta? ¿Y el general?

VERA: En la terraza, ha salido a esperar...

BLOVE: ¡General! (Salen corriendo Blove y Lombard) (Off) ¡General!

LOMBARD: ¡Dios mío! (Entra Blove.)

BLOVE: Ha sido el siguiente, le han golpeado en la cabeza.

ARMSTRONG: Pero eso es imposible. Si hemos buscado por toda la isla. (Entra Lombard)

WARGRAVE: No. No es imposible. Nos queda una última opción que todavía no hemos barajado.

BRENT: (Para sí sola) Un castigo divino, sin duda.

WARGRAVE: (Haciendo caso omiso a las palabras de Brent) El asesino está aquí.

LOMBARD: Quiere decir que está en esta habitación... ¿Que es uno de nosotros?

WARGRAVE: Sí. Esta mañana saqué la misma conclusión y hubiera podido anticiparles lo inútil de su búsqueda por la isla. Estoy convencido de que el señor Owen, por darle el nombre que él ha escogido, se encuentra en la isla; lo juraría por mi vida. Este hombre ha decidido castigar a ciertos individuos por faltas cometidas que escapan a la ley. No dispone de otros medios para su plan que el juntarse con sus invitados. Creo que el señor Owen es uno de nosotros. Sólo

quedamos siete y uno de nosotros es el falso negrito.

Fundida

(La escena se retoma con todos los personajes en el salón, menos Rogers. Brent está haciendo ganchillo sentada en la butaca. Vera contempla la tormenta por la ventana. Lombard y el doctor están sentados en el sofá. El juez se encuentra con los ojos cerrados en la butaca y Blove se pasea)

VERA: Ahora va a ser imposible que nos vengán a buscar.

(Blove se ha detenido delante del piano y empieza a tocar la melodía. Vera le lanza una mirada mortal)

VERA: (Enfadada) ¡Quiere dejar eso!

WARGRAVE: (Como si despertara) Bien, creo que todos comparten mi visión de los hechos.

BRENT: Su razonamiento me parece lógico. Sí, uno de nosotros está poseído del demonio.

WARGRAVE: Ahora escuchemos sus declaraciones. Antes de empezar, ¿sospecha usted de alguien en particular? Señor Blove, creo que tenía usted algo que decirnos.

BLOVE: Lombard tiene un revólver. Ayer noche no nos dijo la verdad y él mismo lo reconoce. ¿Qué prueba tiene usted de darnos? ¿Cómo sabemos que lo que dice es cierto?

LOMBARD: Estamos todos en el mismo caso; no podemos confiar más que en nuestra palabra. Nadie de entre nosotros parece darse cuenta de esta situación extraordinaria.

ARMSTRONG: ¿Hay alguien entre nosotros a quien podamos eliminar por los testimonios que poseemos?

(Todos se miran)

BLOVE: No, podría ser cualquiera. (Mirando a Vera)

VERA: ¡Pero usted está loco! ¿Qué insinúa?

WARGRAVE: Querida jovencita, le ruego que trate de dominar sus sentimientos. No acusamos a nadie. (A Brent) Espero, señora Brent, que usted no se habrá ofendido al considerarnos a todos igualmente sospechosos.

BRENT: La idea de que pudiese ser acusada de la muerte de uno de mis semejantes, y con mayor motivo si son tres, parecerá grotesca a los que conozcan mi carácter. Pero comprendo la situación: siéndonos extraños los unos a los otros, nadie puede dejar de ser sospechoso, ya que ninguno puede presentar pruebas de su inocencia. Como acabo de decir, entre nosotros hay un monstruo.

ARMSTRONG: ¿Y Rogers? Creo que podríamos descartarlo.

WARGRAVE: ¿Y por qué? Explíquese.

LOMBARD: Ya le entiendo. Lo primero es que considera que su mente no es lo bastante compleja para realizar tales hechos y, por otra parte, su mujer fue una de las víctimas.

BLOVE: Cómo se nota que no está casado.

LOMBARD: Que un hombre asesine a su mujer entra en la esfera de las posibilidades; es hasta casi natural, añadiría yo. Pero no en el caso de Rogers. Hasta admitiría que la hubiese matado por temor a que ella lo denunciase o por haberle cobrado aversión, y hasta quizá por querer contraer segundas nupcias con alguna jovencita; pero no veo en él al enigmático señor Owen que se toma la justicia por su mano y comienza por suprimir a su esposa por un crimen que ha cometido en complicidad.

WARGRAVE: Usted se basa sobre lo que hemos oído para formarse de él una opinión, pero ignoramos si Rogers y su mujer realizaron verdaderamente la muerte de su señora. Puede ser que la acusación fuera falsa con objeto de colocar a Rogers en la misma situación que todos nosotros. El terror que ayer noche demostró la mujer de Rogers podría ser causado al darse cuenta del desarreglo mental de su marido.

(Entra Rogers desde las habitaciones con una bandeja y cafés)

MR. ROGERS: Les traigo los cafés.

ARMSTRONG: Gracias, nos vendrá bien un parón antes de continuar

MR. ROGERS: Estaré arriba. Si necesitan cualquier cosa, díganmelo.

LOMBARD: Este hombre es un sirviente excelente. Aun habiendo muerto su mujer, su compromiso es innegable.

WARGRAVE: (Coge una taza y se la ofrece a Brent) ¿Señora Brent?

BRENT: Sí, muchas gracias. (Wargrave coge dos tazas y se sienta junto a ella)

(A medida que avanza el diálogo, todos cogen un café y se separan en parejas. Vera habla con el señor Blove, delante de la ventana. Wargrave, con Brent desde el sofá. Y Lombard, con el doctor, cerca del mini bar. Todos hablan entre ellos, en voz baja.)

BLOVE: (A Vera, en voz baja) Ya sé quién es el asesino.

VERA: ¿Y por qué no ha dicho nada?

BLOVE: Usted... ¿usted no sabe quién es?

VERA: He estado pensando..., pero seguro, seguro, no.

BLOVE: Recuerdo un caso de hace años: un pobre viejo asesinado mientras dormía. Estaba a cargo de una mujer intachable. Tan intachable que la exculparon. Se ocupó, no solo de cuidarle en esta vida, sino de procurar que abandonara esta vida llena de impurezas y fuerzas demoníacas para que estuviera en otro sitio mejor.

VERA: Insinúa que la señora Brent...

BLOVE: ¿Cómo quiere que no sospeche? Si está loca. Le ha dado por el misticismo, la locura más peligrosa de todas. Y no tiene miedo de que le pase nada. ¡Evidentemente sí es ella la asesina!

VERA: No lo sé... yo cada vez lo veo más claro. ¿Quién identificó rápidamente el veneno que había acabado con la vida del señor Marston? ¿Quién suministró las pastillas a la señora Rogers?

BLOVE: ¿Así usted piensa en el Doctor?

VERA: ¿No lo ve claro?

ARMSTRONG: (A Lombard) Sinceramente, yo soy un médico conocido, y la idea de que yo pudiese ser objeto de una sospecha...

LOMBARD: El juez también es un personaje conocido, pero eso nada prueba. En todos los tiempos ha habido médicos que perdieron la cabeza y magistrados que se volvieron locos y también... (Mirando a Blove) ¡policías!

ARMSTRONG: Y por lo que respecta al señor Rogers y su crimen, ¿cree de veras que dice la verdad?

LOMBARD: ¿Insinúa que Rogers ha asesinado a su esposa?

ARMSTRONG: Esta mañana pregunté a Rogers qué enfermedad sufría la señorita Brady. Como no va a entender nada de lo que le explique, sepa tan solo que en el momento de la crisis se rompe una ampolla de un producto y se le hace respirar al enfermo. Si se olvida de colocársela debajo de las narices, las consecuencias pueden ser fatales.

(Esta escena se hace paralela a la del matrimonio Rogers, escenificando lo que ellos explican.)

MR. ROGERS: (Con un frasco en la mano) Piénsalo, Ethel, es ahora o nunca.

MISS ROGERS: Pero todo el mundo lo sabrá.

LOMBARD: ¡Es bien sencillo todo esto! La tentación era demasiado fuerte.

MR. ROGERS: ¿Sabes el dinero que nos ha dejado? Dejaremos de ser pobres. Y, total, por avanzar algo que tarde o temprano llegará.

ARMSTRONG: Evidentemente, no había que hacer nada comprometedor. ¡Sólo se trataba de no hacerlo! Y para que vieses su cariño para con su señora, en una noche tormentosa salió a buscar un médico.

MR. ROGERS: (Se mira el frasco y se lo guarda) Señora Brandy, salgo corriendo a buscar un médico. ¡Aguante! (A miss Rogers) Te quiero.

MISS ROGERS: Yo también, cariño. (Su escena se desvanece)

LOMBARD: Veo que cree realmente en esta historia.

ARMSTRONG: En efecto. Su marido la ha matado por miedo a que divulgue su secreto. Segunda eventualidad: ella pierde su valor y, en una crisis de desesperación, pone fin a sus días tomando una fuerte dosis de narcóticos. O bien...

LOMBARD: O bien el marido prefiere no arriesgarse y terminar con ella bajo la excusa del señor Owen...

ARMSTRONG: Me da muy mala espina. Ha tenido contacto con todas nuestras bebidas y comidas. Ha dormido con la señora Rogers y, para colmo, es capaz de desplazarse con el más mínimo sigilo por esta casa...

WARGRAVE: Así, señora Brent, ¿usted qué cree de todo este tema?

BRENT: Yo solo sé que Dios ha designado a alguien para acabar con los culpables.

WARGRAVE: ¿Cree de veras que todos lo merecemos?

BRENT: Mire, yo solo sé que no tengo que preocuparme, porque nunca he hecho nada de lo que arrepentirme. Ese atropellaniños, esa pareja que mató a una pobre señora, la otra que dejó ahogar a un niño... ¿Cree que no lo merecen? ¿Creían que Dios no les castigaría? Como ven, se equivocaban.

WARGRAVE: Sabe, tiene usted una calma extraordinaria.

BRENT: Me enseñaron en mi juventud a dominar los nervios y a no causar molestias. Aunque, qué quiere que le diga, esa señorita Claythorne ha llegado aquí dispuesta a todo para no levantar sospechas. No sé si me entiende.

BLOVE: (A todos) Nadie sabe nadar bien, ¿verdad?

WARGRAVE: No estará pensando en nadar hasta la costa, ¿verdad? Cualquiera que lo intentase (A Vera) se ahogaría.

VERA: ¿Y por qué me mira a mí?

BRENT: Recuerde que a la señorita Claythorne la palabra “ahogo” le trae malos recuerdos.

VERA: ¿Pero qué está diciendo? ¡Por lo menos yo no dejé morir a una pobre chica embarazada! (Brent se levanta)

LOMBARD: ¡Basta! No dejemos que se inicie una tormenta aquí también.

BRENT: Estoy harta. Si me necesitan estaré en mi habitación. (Sale)

BLOVE: (Gritando) ¡Ciérrese con llave!

LOMBARD: Por fin se va esa loca...

ARMSTRONG: Pero tiene razón, es buena idea ir a descansar. Yo, al menos, esta noche no he dormido demasiado bien. Hasta la cena, si Dios quiere. (Sale)

VERA: (A Blove) Ve lo que le decía, haga algo. (Empuja a Blove hacia la salida)

BLOVE: Em... espere doctor, ¡le acompaño! (Sale hacia las habitaciones. Se cruza con Mr. Rogers.)

MR. ROGERS: Ahora que la tormenta ha amainado, aprovecharé para ir a por leña. Esta noche pasaremos frío, si no.

WARGRAVE: No consigo comprender nada... Necesito repasar los acontecimientos. Les dejo solos. Espero no encontrar un nuevo cadáver cuando vuelva. (Sale)

VERA: Uno no llega a figurarse estar viviendo una pesadilla. Continúo creyendo que tales cosas es imposible que sucedan.

LOMBARD: La comprendo, señorita Claythorne. Parece un sueño. Parece que dentro de un momento llamarán a la puerta y la sirvienta entrará para servirnos el té.

(Se hace un silencio)

VERA: Si... es uno de ellos..., ¿quién cree usted que es?

LOMBARD: Por lo que veo, hace una excepción en lo que se refiere a nosotros dos. Yo la apruebo, pues sé perfectamente que no soy el asesino, y, en cuanto a usted, la creo una persona sana de espíritu. Es la joven más inteligente y sensata que he conocido, le doy mi palabra.

VERA: Oh, muchas gracias señor Lombard. Sabe, usted mismo ha confesado que no da importancia a la vida humana y no me lo imagino dictando el disco del gramófono.

LOMBARD: Tiene mucha razón. Si hubiera pensado en cometer uno o varios crímenes, habría sido solamente para sacarles provecho. Estos castigos en serie no creo que valgan la pena. Entonces, entendidos; nosotros mismos nos eliminamos de la lista de sospechosos y concentraremos nuestra atención sobre los siniestros cinco compañeros de prisión. ¿Cuál de ellos es U. N. Owen? Aunque no tengamos prueba alguna, apostaré por... Wargrave

VERA: (Sorprendida) ¿Por qué?

LOMBARD: No sabría explicarlo exactamente. En primer lugar, es viejo y ha presidido los tribunales durante muchos años, y le ha podido trastornar esa autoridad intangible que tenía. Puede ser que se crea «Todopoderoso Señor de la Vida y de la Muerte de los hombres». Su cerebro se ha estropeado y nuestro viejo magistrado se considera como Juez Supremo y verdugo.

Wargrave

VERA: Es posible... pero...

LOMBARD: Y usted, ¿en quién había pensado? (Suena un fuerte trueno. La tormenta arrecia de nuevo)

VERA: Le importa acompañarme hasta mi cuarto, estoy cogiendo frío. Se lo contaré por el camino.

(Ambos salen. Al cabo de unos segundos, una de las estatuillas desaparece. La escena permanece vacía durante un rato. Entra Blove. Tras mirar si está solo, se sirve una copa)

BLOVE: Maldita vieja... El hecho es que empiezo a tener miedo. (Ve el piano y se dirige a él. Empieza a tocar y a cantar la canción) [...] (Entran Vera y Lombard) Siete negritos cortaron leña con un hacha. Uno se cortó en dos y quedaron seis.

(Vera se queda aborta en sus pensamientos)

BLOVE: Oh, disculpen, no les había visto.

LOMBARD: Tranquilo, puede usted continuar.

VERA: (Absorta) Cortaron leña con una hacha... (Se da cuenta) ¡Rogers! (Sale corriendo por la terraza)

LOMBARD: ¡Mierda! ¡Vera! (Le persigue)

Fundida

(En la escena están Vera y Lombard sentados en el sofá, con el pelo visiblemente mojado. El Doctor entra desde la terraza con un paraguas, acompañado por Blove. El juez Wargrave mira desde la ventana)

ARMSTRONG: Ha sido muy fácil. El asesino se ha deslizado por detrás, levantó la pesada hacha y la dejó caer en la cabeza de Rogers en el momento en que éste se inclinaba.

WARGRAVE: ¿Para asestar tal golpe, el asesino debía ser muy fuerte?

ARMSTRONG: Una mujer hubiera sido capaz.

VERA: (Se levanta y grita, histérica) ¿Crían abejas en esta isla? Dígame dónde se busca la miel. (Se ríe. Todos la miran) ¿Por qué me miran así? ¿Me

creen loca? Pues mi pregunta no tiene nada de extravagante. ¿Hay abejas, colmenas, abejas? ¿No lo comprenden ustedes? ¿No han leído la canción de cuna? ¡Está en sus dormitorios para que la aprendan! Si hubiéramos reflexionado un momento, habríamos ido en seguida a la leñera, donde Rogers cortaba leña. Siete negritos cortaban leña con un hacha... ¿Y cuál es la estrofa siguiente? Seis negritos jugaban con una colmena... He ahí por qué pregunto si se crían abejas en esta isla. ¡Dios mío, qué raro...! ¡Qué extraño!

(De nuevo se echa a reír. El Doctor la abofetea para que se calme)

VERA: (Desplomada) Voy a buscar a la señora Brent. Ella y yo prepararemos el desayuno. ¿Podrían traernos algunos trozos de leña para encender la lumbre?

LOMBARD: Tiene usted la mano muy ligera, doctor.

ARMSTRONG: Era necesario, ya tenemos bastantes horrores para venarnos con crisis nerviosas.

LOMBARD: ¡La señorita Claythorne no tiene nada de histérica!

WARGRAVE: (Interrumpiendo la discusión) Doctor, ¿me acompaña a buscar maderas para encender la chimenea?

ARMSTRONG: Sí, será lo mejor.

(Wargrave y Armstrong cogen el paraguas y salen por la terraza)

BLOVE: ¿Sabe usted qué pienso?

LOMBARD: Desde el momento en que usted piensa decírmelo es inútil que me rompa la cabeza adivinándolo.

BLOVE: Esto me recuerda un caso que pasó en América: una pareja de edad avanzada fue asesinada a hachazos. No había nadie en la casa más que su hija y la criada. En el juicio, se demostró que ésta no pudo cometer el asesinato y, en cuanto a la hija, era una solterona de

excelente reputación; se la reconoció igualmente inocente y jamás se descubrió al culpable. Este caso lo he recordado al ver el hacha y la solterona tan tranquila en la cocina. No se ha inmutado.

LOMBARD: Creo que veo por dónde va...

BLOVE: Pero la vieja, tan tranquila todo el día... Me parece que está mujer está loca de atar, pues casi todas estas solteronas terminan lo mismo. No quiero decir con esto que tengan la mano homicida, pero sí que muchas pierden la cabeza. Empiezo a creer que la señora Brent tiene una locura mística, que se imagina ser el instrumento de la justicia divina o algo por el estilo. Cuando está en su cuarto, siempre lee la Biblia. Si no fuera la culpable, tendría al menos un poco de miedo.

LOMBARD: Quizá sí tiene algo de razón... Al menos me place comprobar que usted no sospecha de mí.

BLOVE: (Sorprendido) No le niego que al principio sospeché de usted... Su revólver..., la extraña historia que nos contó..., o mejor dicho, que nos ocultó... Pero ahora me doy cuenta de que su inocencia ha quedado bien patente. Espero que usted tenga la misma certidumbre referente a mí.

LOMBARD: Puedo equivocarme, pero no le creo con imaginación suficiente para la realización y preparación de todos estos horrores que estamos viviendo. Si usted fuera el culpable, admitiría su gran talento de actor y, ante éste, tendría que quitarme el sombrero. Entre nosotros, Blove, y ya que antes de que termine el día es probable que no seamos más que dos cadáveres, ¿estuvo usted de veras implicado en aquel asunto de falsos testimonios?

BLOVE: ¡Ahora ya no me importa!

(La escena se centra en Blove, viviendo el pasado. Este se sienta en la butaca y habla a su alrededor)

Ya sabéis que siempre es un placer hacer negocios con vosotros. ¿Qué es esta vez? Me lo imaginaba. ¿Por qué demonios tuvisteis que matar al conserje? Sí, no os preocupéis; hay ese chico, ese tal Landor. Y,

hablando de negocios... ¿Qué recibiré a cambio de no decir la verdad?
Ah, veo que nos entendemos. Sí, eso me gusta más.

LOMBARD: (Se ríe). Pero esté usted tranquilo, que no diré nada. Por lo menos espero que ganase usted mucho dinero.

BLOVE: (Se levanta y vuelve a su posición) El negocio no me dio lo que yo esperaba. Los Pudcel eran una banda de harapientos. Sin embargo, logré un ascenso. Y el resultado... ¿Podía yo adivinar que iba a morir?

LOMBARD: No. ¡De aquí su mala suerte!

BLOVE: ¿Mi mala suerte? La de él, querrá decir.

LOMBARD: La de usted también. Porque ha tenido como resultado que su vida sea acortada de un modo desagradable. (Se ríe. Blove se queda de piedra)

(Entran Brent y Vera, y Armstrong y Wargrave, con la leña.)

VERA: El desayuno está listo.

ARMSTRONG: ¿He oído que hay desayuno? Por cierto, aquí está la leña.

VERA: Sí, hemos encontrado unas cuantas latas de conserva. Servirán para quitarnos el apetito.

Fundida

(De nuevo se inicia la escena. Todos están en el salón. Brent se encuentra en la butaca de siempre, Vera contempla el tiempo en la ventana, Armstrong está sentado en la otra butaca, y Blove y el doctor están en el sofá. Todos están en silencio y se irán iluminando a medida que se oigan sus pensamientos)

BLOVE: ¿A quién le tocará? ¿A quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? Me lo pregunto. ¡Si me diesen tiempo! Dios mío, ¿me dejarán tiempo?

ARMSTRONG: Locura mística... Eso es, seguramente. Mirándola, jamás dudaría

nadie. Quizá por eso crean que es la culpable.

BRENT: Pierdo la cabeza. Mi lana ha desaparecido...; las cortinas rojas, también... Esto no tiene sentido. No comprendo nada ni veo ni jota.

LOMBARD: ¡Se ha tragado todo lo que le he contado! ¡Tendré que ir con cuidado, sin embargo! Ya se respira mucha tensión en el ambiente.

WARGRAVE: Seis negritos de porcelana... No quedan más que seis. ¿Cuántos habrá esta noche? ¿A quién le tocará primero?

VERA: Veo que al menos confían en mí. Eso me quita un peso de encima. ¿Quién será el siguiente?

VERA: (Hacia todos) Bueno, acabaré de recoger la cocina.

BRENT: Le ayudaré.

(De repente, Miss Brent se levanta y se vuelve a sentar)

BRENT: ¡Oh, Dios mío!

(Todos se sobresaltan)

WARGRAVE: ¿Qué le ocurre, señora Brent?

BRENT: Quería ir a mi habitación, pero no sé lo que me pasa. Me siento mareada.

ARMSTRONG: ¡Mareo! (Se levanta) No es nada extraordinario, es la reacción de la comida y la tensión. Voy a darle alguna cosa para que se le pase...

BRENT: (Gritando) ¡No! (Todos se giran sorprendidos)

ARMSTRONG: Como usted guste, señora. (Se sienta)

BRENT: No quiero tomar nada, nada enteramente. Me quedaré sentada aquí, tranquila, hasta que este malestar me pase.

BLOVE: Señorita Claythorne, si lo desea la ayudaré muy a gusto.

VERA: Como quiera. (Se van hacia las habitaciones)

WARGRAVE: Doctor, si me permite, querría hablar con usted un momento. Tengo un asunto que comentarle.

ARMSTRONG: Entiendo. Vayamos a mi habitación. (Salen hacia las habitaciones)

LOMBARD: (Incómodo) Bien, señora Brent...

BRENT: (Seca) No me haga decir que no tengo nada que decirle. Vayamos a la cocina, acabaré de ayudar a la señorita Claythorne.

LOMBARD: Eh... de acuerdo (*Lombard se va, Brent se levanta y se queda atrás*)

BRENT: (Para sí misma) Yo no..., yo no soy culpable de nada. ¿Pero por qué tengo miedo? Dios sabe que hice bien; no podía permitir que esa energúmena... ¿Y si realmente se trata de un loco? Seguro que es esa, que nos quiere matar a todos.

(De repente, se fija en la ventana y se dirige a ella mientras habla)

BRENT: ¿Una abeja? Hoy... ¿Qué ha dicho La señorita Claythorne sobre una abeja? Dios mío, qué mareo... (Se sienta en la butaca. Se le cae la cabeza. De repente, alguien apaga la luz)
(Débil) ¿Quién.. quién ha apagado la luz?

(Una sombra aparece detrás de la señora Brent, le inyecta algo y desaparece, así como uno de los negritos. Pasan unos segundos. Entran Blove, Lombard y Vera)

BLOVE: Todo limpio. (Enciende la luz)

LOMBARD: Al final, se ha quedado aquí durmiendo. ¿Qué les decía? (Blove se percata de algo en la ventana, se acerca a mirar)

VERA: Bueno, nos avisó de que no se encontraba bien.

LOMBARD: Ya... Como todos.

BLOVE: (Para sí mismo) Una abeja... (Le miran. Blove se gira hacia la señora Brent) (Gritando) ¡Señora Brent! ¡Señora Brent, despierte!

LOMBARD: (Acercándose a Blove) Creo que hemos llegado demasiado tarde. Falta

otro negrito.

VERA: ¡Oh, Dios mío!

Fundida

La escena se reanuda con todos los personajes menos el juez en escena. El cuerpo de Brent ya ha desaparecido. Vera está en la ventana.

WARGRAVE: (Entrando) ¿Qué son esos gritos?

BLOVE: La señora Brent...

VERA: (Se asusta, mirando hacia la ventana y retrocede) ¡Miren! ¡Una abeja! Acuérdense de lo que les dije antes.

WARGRAVE: Como quiere que haya sido ese bichejo.

LOMBARD: ¿De qué ha muerto, doctor? Estaba bien cuando la dejé.

ARMSTRONG: Es la señal de una jeringuilla hipodérmica.

WARGRAVE: ¿Qué clase de veneno le han inyectado?

ARMSTRONG: A primera vista... (Se lo piensa) probablemente cianuro de potasio... Lo mismo que a Marston. Ha debido morir instantáneamente por asfixia.

VERA: Y esta abeja... ¿no es una coincidencia?

LOMBARD: (Perdiendo valor, con la voz temblorosa) ¡No! ¡No es una coincidencia! El asesino persiste en dar un poco de color local a sus crímenes. ¡Es un alegre viejo libertino! Sigue al pie de la letra las estrofas de esa satánica canción de cuna. (Estallando) Es insensato... insensato. ¡Estamos todos locos!

BLOVE: Ya no parece tan valiente, señor Lombard. (Lombard se gira, enfadado)

ARMSTRONG: Sí, parece que a alguien le está empezando a entrar el miedo.

WARGRAVE: (Serenamente, demostrando su poder) Mantengan la calma. Todavía conservamos todas nuestras facultades mentales. ¿Alguien ha traído a esta casa una jeringuilla hipodérmica?

ARMSTRONG: (Después de un silencio y con poca firmeza) Yo.

(De repente, el resto de invitados miran al doctor Armstrong como si quisieran matarlo con la mirada)

ARMSTRONG: (Exculpándose) No me desplazo jamás sin este instrumento. Todos los médicos lo hacen.

WARGRAVE: Traiga aquí su equipo, creo que deberíamos comprobarlo. (Armstrong va a su habitación) (A Lombard) A propósito, señor Lombard, me parece que tiene un revólver.

LOMBARD: (A la defensiva) ¿Y qué?

WARGRAVE: Sencillamente, propongo que todas las drogas del doctor, mis comprimidos y su revólver sean recogidos y llevados a un lugar seguro, así como cualquier producto farmacéutico y todas las armas de fuego que encontremos. Hecho esto, cada uno de nosotros se someterá a un registro completo de su persona y de sus ropas.

LOMBARD: ¡Que me cuelguen si yo dejo mi revólver!

WARGRAVE: Señor Lombard, es un hombre joven y muy fuerte, pero el ex inspector también posee una fuerza respetable. No sé cuál de los dos ganaría en un cuerpo a cuerpo, pero sí puedo afirmarle esto: el doctor, la señorita Claythorne y yo nos pondremos de parte de Blove y le ayudaremos lo mejor que podamos. Así verá, pues, cómo la suerte se vuelve contra usted a la menor resistencia que intente.

(Lombard se queda en silencio)

LOMBARD: Está en el cajón de mi mesa de noche. Corro a buscarlo.

BLOVE: Es mejor que le acompañe.

LOMBARD: Veo que al menos es prudente...

(Se van. En el momento en el que salen, entra el doctor Armstrong con su bolsa, que vacía

en la mesa para encontrar, rápidamente, la aguja hipodérmica)

WARGRAVE: ¿Y bien?

ARMSTRONG: Debería... (Se para y se calla) Me la han cogido. (Vera y Wargrave le miran con desconfianza) Les juro que me la han quitado...

(Entran Lombard y Blove, con cierta prisa. Éste último entra pensativo, y se dirige a la ventana)

LOMBARD: ¡El cajón está vacío!

VERA: (Irónica) Perfecto. Estamos todos muertos.

BLOVE: Señores, me imagino que el asesino ya ha tenido tiempo de esconder la pistola, pero la jeringuilla... Creo que sé dónde puede estar.

(Sale por la terraza y vuelve mojado con la jeringuilla en las manos)

BLOVE: Fácil. El asesino abrió la ventana y se deshizo de ella.

(Se oye un fuerte trueno, la luz parpadea)

WARGRAVE: Creo que deberíamos preocuparnos por esta tormenta. Cojamos velas, antes de quedarnos a oscuras.

LOMBARD: Será lo mejor, solo nos faltaría un cartel en el que pidiéramos al asesino que nos matara.

Fundida

(La escena se inicia en el salón. Están los 5 supervivientes ahora a oscuras, con velas repartidas entre ellos. Vera está estirada en la butaca. Armstrong, de pie, se mueve muy

*nervioso. Wargrave se encuentra en la otra butaca y tanto Blove como Lombard, en el sofá.
De fondo, la tormenta)*

BLOVE: ¿Qué hora es ya?

VERA: Las ocho y media.

BLOVE: Ya llevamos dos horas a oscuras...

ARMSTRONG: (Muy nervioso) Nosotros... no debemos estar aquí cruzados de brazos. ¡Tenemos que hacer algo! ¡Tratar de encontrar el medio de salir de este infierno! ¿Y si encendiéramos un fuego grande?

BLOVE: ¿Con un tiempo como este?

LOMBARD: No hay más que esperar. El cielo va a esclarecerse y entonces podremos intentar salvarnos: hacer señales, encender un gran fuego, construir una balsa..., en fin, cualquier cosa

ARMSTRONG: ¡Esperar...! ¡No podemos permitirnos ese lujo! ¡Estamos predestinados a morir!

WARGRAVE: Si no estamos alerta... Pero no hay más que estar vigilando nuestras vidas...

LOMBARD: (Nervioso) ¡Cierto! ¿Por qué no jugamos a un juego muy divertido? Se llama "la rueda de las acusaciones". Cada uno acusa a otro, y este, a otro más. Empecemos por el señor Blove: ¿a que sospecha de mí? Se le ve de una hora lejos.

BLOVE: ¿Y qué si lo hago? ¿No era usted el único que traía un revolver?

LOMBARD: Si ya sabe que alguien me lo ha robado.

BLOVE: Usted es muy listo, puede haberlo escondido.

LOMBARD: Use la cabeza señor Blove, ahora mismo podría dispararles a todos si quisiera, y fin del juego.

ARMSTRONG: Cállense. No vale la pena discutir entre nosotros ahora.

VERA: ¿Y por qué no? ¿Tiene miedo de algo? ¿Cómo se llamaba su paciente, doctor? ¿Tiene miedo que sus nervios le traicionen ahora también y descubramos quién es el asesino?

ARMSTRONG: ¡No!

LOMBARD: Y ahora es uno de los neurólogos más importantes del país. Hasta que ha llegado este señor Owen y le ha tirado todo por los suelos.

ARMSTRONG: Cállese ya. Aquí el único asesino es usted.

WARGRAVE: (Categórico) ¡Basta! Aquí todos vamos en el mismo barco. No empecemos a pelearnos. Eso es lo que él quiere.

VERA: No puedo más. (Se levanta) Voy a buscar una lata de conservas. ¿Alguien quiere algo?

LOMBARD: Por muy inocente que parezca, no probaré algo que prepare usted en la cocina.

VERA: Vale, vale, solo quería ser simpática. Sobre todo, que nadie se mueva de aquí.

WARGRAVE: No se preocupe. Pero la registraremos en cuanto vuelva.

VERA: Sin problema. Pero que nadie salga de este cuarto.

(Vera sale. Un par de segundos después se oyen sus gritos. Todos, asustados, van corriendo hacia el pasillo. Con el aire, las velas se apagan y todo queda en una oscuridad absoluta)

LOMBARD: ¡Vera! ¿Qué ocurre? (Sale corriendo, seguido de Lombard y Armstrong)

BLOVE: (Off) Señorita Claythorne!

ARMSTRONG: (Off) Mis velas se han apagado. Voy a encender alguna más.

VERA: (Off) Estoy bien... ¿Pero qué hay aquí?

WARGRAVE: ¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

LOMBARD: (Off) Encienda también mis velas

VERA: (Off) Ha sido como si algo me tocara el cuello.

WARGRAVE: ¡No podrá hacerme nada!

LOMBARD: (Off) Vera, tranquilícese. Soy yo, está a salvo. (Vuelve a luz)

BLOVE: (Off) La luz ha vuelto.

LOMBARD: ¿Están todos bien?

VERA: (Off) ¿Dónde está el señor Wargrave?

LOMBARD: (Off) ¡Qué raro, creía que había subido con nosotros!

ARMSTRONG: (Off) Tenía la impresión de que me seguía. Claro que, como es mayor, anda más despacio que nosotros

BLOVE: (Off) Seguramente debe de haberse quedado en el salón.

ARMSTRONG: (Off) Wargrave, Wargrave, ¿dónde está usted?

(Entra Armstrong. Al cabo de unos segundos, entra Blove y, después, Vera y Lombard. El doctor vislumbra al juez en la butaca. Se acerca e indica con la mano que el resto no se acerquen. Ya solo quedan 4 negritos)

ARMSTRONG: (Categórico) ¡No se acerquen! (Todos se paran) (Titubeando) Alguien... alguien le ha disparado en la cabeza.

LOMBARD: (Con risa histérica) ¡Cinco negritos estudiaron Derecho y uno de ellos se doctoró y quedaron cuatro! Este es el final de Wargrave, el juez sanguinario.

¡Ya no se pondrá más el birrete negro! ¡Ya no enviará más inocentes al calabozo! ¡Por última vez ha presidido el tribunal! ¡Lo que se reiría Edward Seton si se encontrase aquí!

VERA: No sea así. Esta mañana usted mismo le acusaba de ser el asesino desconocido.

LOMBARD: (Tranquilizándose, más sereno) En efecto, le he acusado... Pero me equivoqué. Otro de nosotros que reconocemos que era inocente... ¡demasiado tarde!

BLOVE: ¿Cómo no hemos oído el disparo?

ARMSTRONG: La tormenta, los gritos de la señorita Claythorne, nuestra preocupación hacia ella... Además, quizá lo han amortiguado con algo.

No lo sé...

LOMBARD: ¡La jugada ha sido estupenda! La lana fue atada en el techo del cuarto de miss Claythorne y ha desempeñado el papel previsto por el asesino. Nos precipitamos en su dormitorio ante la creencia de que ella acababa de ser asesinada, y, aprovechando esta confusión, alguien ha suprimido al viejo juez, que no estaba vigilado.

ARMSTRONG: Y ahora solo somos cuatro... Y no sabemos cuál...
BLOVE: ¡Yo lo sé!
VERA: Jamás he dudado de que...
ARMSTRONG: Yo creo realmente conocer...
LOMBARD: (Gritando) Pues a mí me parece... (Todos le miran. Irónico) que mi idea es la buena.
VERA: Me siento muy mal y voy a acostarme. No puedo más.
LOMBARD: Haríamos bien en imitar su ejemplo, ¿para qué quedarnos aquí mirándonos?
ARMSTRONG: Será mejor subir a nuestras habitaciones, aunque alguno de nosotros no pueda dormir.

Fundida

(Se inicia la escena vacía. Por la luz se deduce que es muy temprano. Armstrong cruza el salón y sale por la terraza. Blove sale de las habitaciones, mira por la ventana)

BLOVE: ¡Perfecto, ahora podremos saber quién es el asesino!

(Corre a las habitaciones, se oyen ruidos como si golpearan una puerta)

BLOVE: (Off) ¿Doctor Armstrong? ¿Se encuentra aquí?

(Silencio)

BLOVE: (Off) ¿Señor Lombard? ¿Señor Lombard?

LOMBARD: (Off) ¿Qué quiere?

BLOVE: (Off) El doctor no sé encuentra en su habitación. Voy a llamar a la señorita Claythorne. ¿Señorita Claythorne? ¿Vera?

LOMBARD: (Off) Vera, ¡contesta!

VERA: (Off) ¿Qué ocurre?
BLOVE: (Off) El doctor no está... Vamos a buscarle.
LOMBARD: (Off) Vera, quédese aquí y, si viene Armstrong, no le abra.

(Entran en el salón)

LOMBARD: Ya lo tenemos.
BLOVE: Vaya con cuidado, no olvide que tiene un revólver.
LOMBARD: Soy yo quien tiene el revólver. Esta noche lo volví a encontrar en mi mesilla; lo habían puesto otra vez

(Lombard sale por la terraza. Blove duda)

BLOVE: Tengo la impresión de ir tras mi desgracia. (Sale)

(Al cabo de unos segundos desaparece otro negrito. Entran Blove y Lombard)

BLOVE: Vistámonos y vayamos a buscar a la señorita Claythorne.

(Salen hacia las habitaciones. Al cabo de unos segundos vuelven los tres)

BLOVE: Hoy al final podremos estar tranquilos. Es bien cierto que lo que no ve una mujer no lo ve nadie. ¿Cómo supo que era el señor Armstrong el que nos iba eliminando uno a uno? ¿Cómo supo que era un criminal? ¿Un hipócrita? ¿Un farsante?

VERA: Por favor, respete a los muertos.

BLOVE: ¿No querrá que me eche a llorar porqué se haya tirado del acantilado? Ya hemos hecho suficiente rescatando el cuerpo. Sabe, usted sería una buena detective.

VERA: Bueno... Todos los muertos por veneno... y el golpe tan certero al general... Solo pudo ser obra de alguien de ciencia.

BLOVE: Bueno, ahora no vale la pena pensar en lo sucedido. Deberíamos descansar y pedir ayuda.

VERA: Lo que no entiendo es por qué el doctor se ha querido suicidar antes de acabar con nosotros.

BLOVE: Ya sabe, los remordimientos.

VERA: ¿Un asesino como él? ¿Remordimientos?

BLOVE: Bueno, sumado a que todos sospechábamos de él. Sabía que hoy era el día en que lo descubriríamos y prefirió morir como uno de sus estúpidos negritos que no acabar ejecutado por algún juez. Créame, se lo digo por experiencia. Hasta a los peores criminales se les cambia la cara cuando se sienten descubiertos. (Se levanta hacia la ventana) Es una pena que no se acerque ningún barco.

VERA: (A Lombard) Yo no me fío. ¿Y si fue Blove quien asesinó a Armstrong y nos está engañando? Hay algo aquí que no me cuadra. (Blove sale a la terraza)

LOMBARD: Vera, eso es la tensión, los nervios. Deje de ver fantasmas donde no los hay.

(Se oye un estruendo fuera, como si una roca golpeara el suelo)

VERA: ¿Qué ha sido eso? (Miran por la ventana)

LOMBARD: ¡Blove! (Salen y vuelven al cabo de unos segundos)

VERA: No... También ha llegado su turno.

LOMBARD: Era una trampa. Alguien ha hecho que se le cayera la estatua del oso... Como en la canción...: "Tres negritos se pasearon por el zoológico. Un oso les atacó y quedaron Dos". ¿Qué habitación es la que queda justo encima?

VERA: La... la mía. No entiendo nada... (Rompe a llorar. Lombard la abraza)

LOMBARD: Tranquilícese, ahora debe ser fuerte.

VERA: Entonces... entonces solo quedamos los dos en esta isla.

LOMBARD: (Cambio) Eso me temo.

(Se separan de golpe. Aprovechando el abrazo, Vera ha robado la pistola a Lombard y se encara a él, apuntándole)

LOMBARD: *(Se queda petrificado)* ¿Qué hace?

VERA: Le... le tengo, señor Lombard.

LOMBARD: Vera... Tú... Así que... ¿eras tú? Ahora lo entiendo todo. Una obra maestra, debí saberlo desde el principio.

VERA: (Nerviosa) ¡Cállate! No me vengas con tonterías. ¡No voy a dejar que me mates como a todos ellos!

LOMBARD: Así que en realidad sí mataste a ese niño. ¡Eres como todos ellos! ¡Una asesina!

VERA: Lo maté... Sí... ¡Pero lo hice por Hugo! Si hubiera sido niña, él habría heredado la herencia ¡Y seríamos felices! Pero no me engañarás. ¡Aquí el verdadero asesino eres tú!

LOMBARD: ¿Quién sino tú ha preparado la trampa para Blove? Todos están muertos. Solo pudiste ser tú.

VERA: Si crees que me tragaré esta mentira estúpida...

LOMBARD: ¡Mátame ya! ¡Mátame cómo has hecho con todos los otros!

VERA: ¡Calla!

LOMBARD: (Se hace un silencio. Cambia el tono y se acerca) Vera..., yo no...

VERA: (Dando un paso atrás) ¡Quieto! No caeré en esa trampa.

LOMBARD: ¡Vera! ¡Escúchame! Sea quien sea el que nos haya hecho esto, espera a que tú me dispires. No lo hagas, podremos...

VERA: ¡Calla o disparo! (Sollozando) Calla...

LOMBARD: Podríamos escapar juntos de aquí, los dos. (Se va acercando poco a poco) Podemos salvarnos.

VERA: No...

LOMBARD: Vera, tú no eres una asesina, lo veo en tus ojos. Confía en mí también.

VERA: Lombard...

LOMBARD: Dame la pistola, Vera.

(Lombard, ya muy cerca, se abalanza sobre Vera. Esta dispara instintivamente y Lombard cae muerto. Vera se queda petrificada por un momento. Comprueba que, efectivamente, Lombard está muerto y se siente aliviada. Ya no tiene miedo. Tira el revólver y se sienta en el sofá. De repente, se ríe. Se levanta, coge un negrito y los otros dos los tira al suelo)

VERA: Un negrito... Un negrito tan solo. Hemos ganado la partida. Ahora ya no hay peligro. He sobrevivido, he sobrevivido a la canción de cuna. (Se ríe) ¿Cómo termina, cómo termina la canción? "Se ahorcó y no quedó ninguno". ¿Ahorcarme? ¿Por qué? Tan solo... (De repente se oye una voz)

«Señora Vera Claythorne. Silencio, por favor». (Vera se levanta y mira a su alrededor muy asustada)

VERA: Esa voz...

«Se le acusa de los siguientes crímenes:

El 24 de abril de 1933 mató usted a Cyril Oglive Hamilton.

El 29 de mayo de 1939 mató usted a Philipp Lombard».

(Las siguientes frases se mezclan entre sí varias veces, mientras Vera se desploma en el suelo, con miedo y desesperación)

«Vera Claythorne, mató usted Cyril Oglive Hamilton.

Vera Claythorne, mató usted Philipp Lombard.

¡Es usted culpable!

¡Asesina!

Debe pagar por ello».

(Mientras Vera llora, desciende del techo una cuerda con lazo, preparada para que Vera se ahorque)

VERA: (La voz hace silencio.) Soy... soy una asesina... ¡Cyrill! ¡Lombard! ¡Hugo!

«¿Tiene usted algo que alegar en su defensa?»

VERA: (Mirando la cuerda) No...

(Vera se levanta. Mira su negrito y lo deja caer. En ese momento, coge una silla y se ahorca)

Fundida

(La escena reaparece vacía. Con todo el mobiliario en su sitio y sin ningún cadáver en escena. De repente, desde las habitaciones entra Wargrave y se dirige al mueble bar, con una nota en la mano. Se sienta y se pone a escribir)

Wargrave: (Mientras escribe y lee) Saben, desde niño me entusiasmaban las novelas de aventuras y me apasionaba por los relatos marinos en los que un documento muy importante se introducía en una botella y se confiaba a las olas del océano. Este procedimiento conserva todavía a mis ojos su romanticismo y por eso hoy lo he adoptado. Hay una probabilidad contra cien de que mi confesión escrita sobre estas páginas y puesta dentro de una botella lanzada al mar esclarezca un día el misterio de los diez cadáveres encontrados en la Isla del Negro.

Desde mi infancia, me he complacido en ver morir o dar yo mismo la muerte. Por otra parte, sorprendente contradicción, estoy imbuido en

un muy elevado sentido de la justicia y me subleva la idea de que un ser inocente pueda sufrir y morir por mi culpa. No tenía ningún placer en ver a un inocente en el banquillo de los acusados. Ese fue el caso de Edward Seton. Su actitud y sus maneras impresionaron favorablemente al jurado. Pero las pruebas recogidas en el sumario no dejaban ningún resquicio de duda de su culpabilidad. Abusando de la confianza de una vieja, Seton la había asesinado.

Desde hace algunos años, he comprobado en mí un cambio. Deseaba actuar más que jugar...; quería cometer yo mismo un crimen. Mi sentimiento innato de la justicia intervino en la elección de la víctima; un inocente no debía sufrir. Comprobé que muchos crímenes escapan a la justicia y quedan impunes gracias a un amigo. Citaba como ejemplo el caso de una solterona que acababa de morir. Su cliente tenía a su servicio un matrimonio que la había dejado morir, omitiendo a conciencia el darle la medicina prescrita por él. Esos servidores, herederos de una bonita suma, se escapaban a toda persecución judicial.

En un sanatorio donde estuve algún tiempo para operarme, una enfermera, para demostrarme los efectos del alcohol, me citaba el caso ocurrido hace muchos años en el hospital de Londres: un médico alcoholizado había matado a una mujer que estaba operando. Yo le pregunté en qué hospital había trabajado y pude documentarme sobre el homicidio por imprudencia que había cometido el doctor Armstrong.

Una conversación entre dos oficiales retirados me puso sobre la pista del general MacArthur.

Un individuo recientemente venido de las orillas del Amazonas me reveló las aventuras de un cierto Philip Lombard.

La historia puritana de Emily Brent y su desgraciada criada me la contó en la isla de Mallorca un compatriota, indignado con la solterona por su corazón de piedra.

En cuanto al inspector Blove, cayó en mis manos cuando unos colegas discutían sobre el juicio de Landor.

Por último descubrí el caso de Vera Claythorne en un viaje. A una hora tardía de la noche me encontraba solo en el salón de fumar con un joven distinguido y de facciones agradables, llamado Hugo. Para ahogar sus penas, bebía muchos licores. Sin grandes esperanzas de hacer descubrimientos sensacionales, empecé mi acostumbrado interrogatorio. La respuesta del joven me sorprendió y me acuerdo textualmente de sus palabras: “Tiene usted razón”, me dijo, “para matar a una persona no es necesario administrar arsénico o empujarle desde lo alto de un acantilado... He conocido a una criminal... La he conocido muy bien..., pues la quería con locura... Algunas veces pienso en ella. El lado dramático del asunto es que ella cometió el crimen más o menos por mí. La culpable comprendió que había visto con claridad su alma. No se dio cuenta de que yo adoraba al pequeño”. Me dijo. “En el mismo instante en que la miré leí la verdad en sus ojos”.

Todos desembarcaron el 8 de agosto en la Isla del Negro. Yo me mezclé con ellos en calidad de invitado. Primero desaparecían los menos culpables. De esta forma los sufrimientos mentales prolongados serían reservados a los más culpables. Anthony Marston y la señora Rogers fueron los primeros.

Estaba seguro de que la mujer de Rogers había cedido bajo la influencia de su marido, el principal responsable de su crimen.

Recientemente, el médico me recetó una ligera dosis de cloral para dormir. Lo guardé hasta que tuve una cantidad suficiente para poder matar a una persona. Cuando Rogers trajo el coñac para su mujer, lo dejó sobre la mesa. Me fue fácil echarlo en el vaso cuando pasaba por mi lado.

El general MacArthur murió sin sufrimientos. Escogí el momento oportuno para irme de la terraza y deslizarme sin ruido detrás de él.

Como estaba ensimismado en sus pensamientos no me oyó llegar.

Por la mañana mataba a Rogers cuando cortaba leña para encender el fuego, golpeándole por detrás.

Después le tocó a miss Brent. Eché en su taza lo que quedaba del cloral. Apagué la luz, ella se mareó y me fue muy fácil ponerle una inyección de cianuro. Soltar la abeja me pareció pueril, pero me divirtió. Me esforzaba lo más posible por seguir las estrofas de la canción de cuna.

Escogí al doctor Armstrong para que me ayudara en un pequeño papel. Todas sus sospechas se dirigían sobre Lombard y yo quise compartir su punto de vista. Le expuse una estratagema y no vio con claridad mi juego. Se trataba de simular mi muerte. A los ojos de los demás, debía pasar por la próxima víctima, lo cual haría que el asesino se alarmase. El doctor no debía dejar acercarse a nadie y todo ocurrió como esperaba. Miss Claythorne dio unos gritos de pánico al contacto con la lana de la señora Brent. Todos se lanzaron a la escalera y yo me aproveché para tomar la actitud de un juez asesinado.

Cada uno tuvo miedo sus compañeros. Había dado cita al doctor fuera de la casa a primera hora de la mañana. Le llevé a lo alto de los acantilados e invité al doctor a que se acercase al borde para darse cuenta de si había una cueva más abajo. Sin desconfiar, se inclinó y no tuve más que empujarle para precipitarle al mar.

Llegó entonces el momento que esperaba con más ansiedad; quedaban sólo tres personas en la isla, horrorizadas las unas de las otras y podía ocurrir lo peor... Y una tenía revólver.

Preparé la trampa para que cayera el bloque de mármol dispuesto al borde de la ventana. Así acabé con Blove.

Después vi cómo Vera Claythorne descargaba el revólver sobre Lombard. Estaba seguro de que esa joven audaz era de la talla de Lombard para enfrentarse con él.

Inmediatamente dispuse la decoración y esperaba ansiosamente el resultado de esta experiencia psicológica. La tensión nerviosa producida por el homicidio que acababa de realizar, la fuerza hipnótica del ambiente y los remordimientos de su falta, ¿serían suficiente? El resultado habla por sí solo.

Así pues, ya había terminado con 9 de los 10 negritos. Solo quedaba yo. Un sencillo mecanismo me dispararía el revólver y terminaría así con el décimo negrito, sin que pareciese un suicidio.

Todos los artistas tienen sed de gloria. También yo siento esa necesidad de dar a conocer a mis semejantes mi astucia y mi ingenio haciendo esta confesión. Conservo la esperanza de que el misterio de la Isla del Negro continúe insoluble.

Después de haber lanzado la botella al mar, subiré a mi cuarto echándome en la cama. Cuando descubran nuestros cadáveres será imposible determinar la hora de nuestra muerte. Cuando se calme la marejada, vendrán en nuestro socorro. Encontrarán sobre la Isla del Negro diez cadáveres y un problema indescifrable.

Firmado Laurence Wargrave.

(El juez coge una botella vacía, introduce la nota y sale hacia la terraza)

Fin